3775

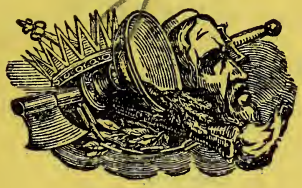
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DOS MIRLOS BLANCOS,

CARICATURA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Ortiz



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

17

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil:..
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flameuca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo,

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes. segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar,...
El hombre negor.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento continuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.
Honrado y criminal á un

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Jose Maria.

Los Amantes de Chinch
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espa
la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La bondad sin la experi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldad
Las querellas del Rey S
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.

DOS MIRLOS BLANCOS.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/dosmirlosblancos4031orti

DOS MIRLOS BLANCOS,

CARICATURA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe el dia 24 de Diciembre de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
LEON TEMPESTAD.....	Sr. Aznar.
SILVESTRE, baron de Monte-espeso.....	Catalina (D. Juan).
D. CÁNDIDO AGUA CALIENTE.	Fernandez.
D. PEDRO TRÁPALA.....	Sunyé.
LA BARONESA DE MONTE-ESPESO.....	Sra. Sampelayo.
FILOMENA.....	Hijosa.
LUISA.....	Zapatero.
ROSA.....	Guanter.
DOÑA SINFOROSA.....	Valverde.
DOMINGO.	
JUAN..... } criados.	
ANTONIO. } criados.	
BLAS .... } criados.	

El primer acto en La Bañeza, pueblo de la provincia de Leon; el segundo en Madrid; el tercero en Málaga.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Un salon antiguo de casa solariega, con artesonado y chimenea con escudo de armas. Las paredes llenas de retratos de familia: muebles del siglo pasado: puerta en el fondo y otras dos laterales. Á la derecha una mesa con papel, plumas y escribania; á la izquierda un sofá con almoadones.

ESCENA PRIMERA.

DOS CRIADOS, con librea muy anticuada.

CRIADO. 1.º (Sentado á la derecha, mirando á su compañero limpiar los muebles con ardor.) Pero, hombre, descansa un momento si no quieres echar los bofes.

CRIADO. 2.º (Incorporándose.) ¡Ah!... ya he concluido... Estoy sudando.

CRIADO. 1.º Ya lo creo, si lo estoy yo tambien.

CRIADO. 2.º ¿De no hacer nada?

CRIADO. 1.º No, de verte trabajar.

CRIODO. 2.º Eso te pasa siempre.

CRIADO. 1.º Se me abren las muñecas hasta de llevarme la cuchara á la boca.

CRIADO. 2.º Tal peso la pones.

CRIADO. 1.º ¿Sabes que mientras tú frotabas aquella chimenea para quitarla el polvo de quince años, me ha ocurrido una idea...

CRIADO. 2.º ¿Cuál?

CRIADO. 1.º Por qué crees tú que la señora Baronesa hace tres

672611

dias que nos obliga á fregar los suelos, limpiar los muebles, sacudir las paredes y barrerlo todo de arriba á abajo?...

CRIADO. 2.° (Pensativo.) No sé...

CRIADO. 1.° ¿No adivinas?...

CRIADO. 2.° (Repentinamente.) Si, porque esté todo limpio.

CRIADO. 1.° (Levantándose.) No, hombre: porque se trata de una boda.

CRIADO. 2.° ¿De una boda?

CRIADO. 1.° Del señorito don Silvestre, nuestro amo jóven, con...

CRIADO. 2.° ¡Calla! ¡calla! ¡calla! con la hija de ese señor tan espetado que tenemos desde anoche hospedado en casa?

CRIADO. 1.° Eso es: si tengo yo un olfato... Pues ese señor, segun me ha dicho su criado, es hombre de campanillas allá en Madrid, donde vive, y fué amigo del difunto amo: esta boda se ha tratado por cartas... su hija es una señorita muy remilgada, y él dicen que tiene un destino muy gordo. Es... (Recordando.)

CRIADO. 2.° ¿Ministro?

CRIADO. 1.° No, mucho mas...

CRIADO. 2.° ¿Corregidor de Madrid?

CRIADO. 1.° Mucho mas.

CRIADO. 2.° ¿Diputado?

CRIADO. 1.° No, un destino que no has oido tú nunca; una cosa muy grande y que sin embargo no parece nada. Una cosa como banquero...

CRIADO. 2.° Ya caigo. Mas que juez de primera instancia.

ESCENA II.

DICHOS, la BARONESA.

BAR. ¿Habeis concluido? Qué pesadez.

CRIADO. 1.° Ya hemos acabado, señora.

BAR. ¿Se ha levantado el señorito?

CRIADO. 1.° ¡Bah!... cuánto tiempo hace.

BAR. Dile que venga.

CRIADO. 2.° Si salió antes de amanecer...

BAR. ¡Cómo!

CRIADO. 2.° De caza como todos los dias.

BAR. ¡Tambien hoy! Y yo que le advertí ayer al acostarse que iba á llegar don Pedro... ¡Jesus! está visto: es una pa-

sion, una monomanía... ¡Maldita caza! (Á los Criados.) Ea; dejadme: id allá dentro por si llaman los huéspedes.

(Se sienta cerca de la mesa. D. Cándido aparece por el fondo con suma lentitud, ridículamente vestido, con un cuaderno y varios libros debajo del brazo. Un Criado le precede.)

CRIADO. El señor Agua-Caliente.

ESCENA III.

DICHOS y D. CÁNDIDO.

BAR. ¡Ah! el dómine de mi hijo.

CAND. La señora Baronesa me permitirá depositar á sus piés mis mas humildes respetos.

BAR. Buenos dias, don Cándido. ¿Viene usted á dar leccion á mi hijo?

CAND. (Sacando el reloj.) Evidentemente. Son las nueve... y todos los dias, hacé nueve años, ya sabe la señora que en cuanto suena esta hora me presento con mi *Cornelius Nepos...*

BAR. Y hace nueve años que ni un sólo dia encuentra usted á mi hijo.

CAND. Es verdad... lo cual no impide que le dé su leccion... Entro en su cuarto de estudio, y cuando el tiempo está frio me permito poner leña en la chimenea...

BAR. Y hace usted muy bien...

CAND. Luego que está encendida... me recito sus lecciones y me dicto su traduccion...

BAR. ¡Cómo! ¿Usted solo?

CAND. ¿Pues qué no lo sabia usted? Aunque no esté el señor Baron... la leccion se dá siempre... Yo soy ante todo un hombre de conciencia.

BAR. ¡Es verdad! Pero...

CAND. En cuanto dan las diez... me levanto, es decir, me permito levantarme, saludo respetuosamente al señor Baron como si estuviera allí... y le impongo un castigo por haber faltado á la clase...

BAR. ¿Un castigo al Baron...

CAND. Le echo leccion doble... y al dia siguiente tengo que estar media hora mas, dándola yo en su lugar. Esto me empieza á causar grandes perjuicios, porque si continúo imponiéndome castigos por las faltas que el Baron co-

mete... muy pronto tendré que pasarme el dia y la noche con la gramática y el Calepino en la mano.

BAR. (Levantándose.) Señor don Cándido Agua-Caliente, y con ese método, ¿podrá usted decirme cuánto tiempo tardará mi hijo en concluir sus estudios?

CAND. No me atrevo á contestar... es incalculable.

BAR. ¡Qué debilidad y qué silencio tan punible el de usted! Y si á lo menos ya que no sabe latin supiese hablar su lengua... Á cada momento se le escapan unos barbarismos... Ayer, sin ir mas lejos, me preguntó que si me dolia aun el *estógamo*.

CAND. ¡*Estógamo*! ¡Un baron, un descendiente de los Monte-espeso! ¡Ah! le echaré una leccion sobre la pronunciacion de las palabras.

BAR. Es inútil... si usted ha de darla por él.

CAND. ¡Es verdad! Señora, permítame usted compararle respetuosamente con un indio bravo...

BAR. Ya se vé... criado entre los gañanes... haciendo su gusto desde niño... sin salir jamás de este pueblo salvaje... sin pensar mas que en la caza y dando sus lecciones de la manera que acabo de averiguar.. Él no tiene la culpa... En fin, es bastante noble y bastante rico para no necesitar ni del latin ni del castellano...

CAND. Ciertamente...

BAR. Pero usted, ¿por qué no ha salido en su busca y le ha obligado á dar leccion en el mismo campo?

CAND. ¡Salir en su busca!... ¡Como si eso fuera tan fácil!... ¿Dónde dirá usted que le encontré ayer?

BAR. ¿Dónde?

CAND. En el pantano de la Zarza.

BAR. ¡Mi hijo en el pantano!

CAND. Tumbado en el cieno al pié del cañaveral.

BAR. ¡En el cieno!

CAND. Esta diversion tan limpia, la llama él la caza del ganso. Ya vé usted, señora, que mi dignidad no me permitia que yo, don Cándido Agua-Caliente, sacristan y dómine, me remangase el pantalon hasta las rodillas y me arrojase á nadar en el cieno para hacer declinar al señor Baron el *musa musæ*.

BAR. ¡Pobre Silvestre! Hijo mio, concluirá por caer enfermo...

CAND. ¡Cá! no, señora; no hay semejante peligro. Su salud es

tan grande como su inteligencia roma...

BAR. (Con orgullo.) Su inteligencia no está cultivada...

CAND. Eso es: está en barbecho.

BAR. Yo creo que las maneras y la educacion que le faltan las adquirirá en cuanto salga de aqui y cambie de estado.

CAND. ¡Cambiar de estado!

BAR. Si; tengo que comunicar á usted una noticia muy importante... Usted es casi de la familia, y quiero darle una prueba...

CAND. Señora, permítame usted que me conmueva...

BAR. Hace tiempo que tengo tratado el casamiento de Silvestre, y está ya á punto de verificarse...

CAND. ¿Con quién? si me es permitido saber...

BAR. Con una jóven encantadora... con la hija de don Pedro Trápala, el caballero que llegó anoche de Madrid en compañia de mi futura nuera.

CAND. ¡Qué gran suceso! Para celebrarle voy á dar ocho dias de vacaciones á mis discípulos. (Esto me permitirá sembrar mis patatas.) Pero la señora Baronesa no teme que la rusticidad del Baron...

BAR. ¿Asuste á su futura? Algun cuidado tengo; pero la boda está ya tratada... mi hijo es mucho mas rico... y el señor don Pedro tiene muy buen sentido. En seguida partirán para la córte... Esta separacion me costará muchas lágrimas...

CAND. La señora Baronesa irá á verle con frecuencia...

BAR. Pasaré en su compañia los inviernos, el otoño, la primavera y casi todos los veranos... En cuanto á las lecciones de latin, usted continuará dándoselas, puesto que no hace falta su presencia.

CAND. Tantas gracias. Todos los dias á las nueve en punto me presentaré con mi *Cornelio Nepote*.

BAR. (Apercibiendo á D. Pedro.) Aqui está don Pedro... Silencio

ESCENA IV.

D. CÁNDIDO, D. PEDRO, la BARONESA, y despues FILOMENA.

PED. Señora Baronesa, ¿cómo se ha pasado la noche?

BAR. Bien, muy bien. ¿Y ustedes?

PED. Admirablemente. ¿Y el Baron?

CAND. (Parece todo un caballero.)

BAR. (Con embarazo.) Creo que...

PED. No debo ocultar á usted que tengo una gran impaciencia por conocer á mi futuro yerno...

BAR. No tardará en venir...

PED. Anoche, á las nueve, cuando llegamos, se habia acostado ya... Son las doce... ¿no se ha levantado todavia...

BAR. ¡Oh! hace mucho tiempo. Se levanta con el sol... y muchos dias antes... pero ha salido.

PED. ¡Ha salido! ¿Pues no sabia?...

BAR. Está de caza... de un momento á otro debe volver. Tiene una aficion...

PED. Por hoy debia habérnosla sacrificado. No es esto decir que tenga queja... Yo no soy ceremonioso...

CAND. Ni él tampoco. (Cuando le vea...) (Saludando.) Señor, tengo el honor...

PED. (Á la Baronesa.) ¿Quién es... esta figura?

CAND. ¿Desea usted saber mi nombre? Don Cándido Agua-Caliente.

PED. Muy señor mio y mi dueño.

CAND. Sacristan, dómine, alcalde algunas veces, organista en los dias del patron del lugar, y cirujano curandero en los casos de cólera.

PED. Muy bien. Es usted un archivo de profesiones.

CAND. Y preceptor del Baron...

PED. ¡Su preceptor! Le habrá usted atiforrado bien de latin y griego.

CAND. De griego, no, señor. Á este pueblo no ha llegado todavia el griego.

PED. En fin, ¿sabrá hablar el latin?

CAND. ¡Ah! no, señor.

PED. ¿Pues cuánto tiempo lleva aprendiéndolo?

CAND. Nueve años solamente.

PED. ¡Hombre! ¿Qué dice usted?

CAND. Es que yo uso un método...

BAR. Señor Cándido...

PED. De todos modos, por poco que sepa, yo creo que podrá presentarse á exámen para emprender una carrera de adorno, ¿eh?

CAND. Podrá presentarse si gusta; pero no será admitido...

PED. ¿Pues cómo?

BAR. Su educacion se encuentra algo atrasada... Su salud no nos ha permitido...

PED. ¿Se cria enfermizo? ¿Delicado?...

CAND. Como un toro de cuatro años... si me es permitida la comparacion...

BAR. Actualmente está robusto... pero hasta hace pocos años ha sido tan endeble, que los médicos me aconsejaron que no pensase mas que en su desarrollo material... que hiciese una vida campestre, al aire, al sol... Esa fué la causa que me obligó á dejar á Madrid y á encerrarme en estas breñas...

PED. De modo que mi futuro yerno es...: todo un caballero campesino?

CAND. Mas campesino que caballero...

PED. Pues mi hija es el tipo opuesto... El cariño no me ciega: mi hija es una de las pocas exajeraciones románticas que quedan ya en nuestros dias... Pero yo estoy seguro que solamente en el contraste de los caractéres se puede hallar la armonia. Me felicito por tanto de la rudeza sencilla y simpática del Baron...

CAND. (Ya lo veremos cuando le conozcas.)

PED. Aqui viene mi querida Filomena... (Filomena vestida de blanco aparece como abismada en profundas reflexiones.)

BAR. (Saliendo á su encuentro.) ¡Hija mia!

FIL. (Como sorprendida.) ¡Ah!... Con su inesperado saludo me ha venido usted á sacar del insondable abismo de mis sueños tenebrosos. Todo en esta casa antigua, con carácter de feudal castillo, me trasporta á la edad caballeresca de justas y torneos. ¿Creerá usted que toda la noche la he pasado con Ricardo Corazon de Leon y con Bernardo del Carpio?

CAND. ¡Con dos nada menos! ¡Qué atrocidad!

FIL. ¿Pero y mi futuro?... Yo que me le he figurado todo un Macias, vestido con estas modernas, prosáicas y horribles vestiduras.

CAND. (¡Vaya un chasco!)

BAR. No puede tardar... lo que me extraña es que no esté ya aqui...

PED. Hija mia, el Baron es un jóven sencillo...

FIL. Compréndo: como el paje favorito de Maria Estuarda.

PED. No... como un hombre de campo.

CAND. Bastante campesino.

FIL. (Reparando en D. Cándido.) ¿Este hombre?...

CAND. Don Cándido Agua-Caliente, sacristan, dómine, orga-

nista, preceptor...

FIL. Comprendo: un bufon, un Cuasimodo... un Rigoletto...

CAND. Señora... ¿qué calificaciones?...

FIL. (Á la Baronesa.) Pero no me explico la tardanza del Baron...

BAR. ¡Ah! aqui está. (Se oyen dentro bocinas de caza, voces y gran estrépito.)

ESCENA IV.

DICHOS, SILVESTRE, con un traje de cazador, deteriorado, sucio y estrafalario, aparece por el fondo con aire salvaje, seguido de varios gañanes con escopetas. Silvestre trae tambien una en la mano.

SILV. (Con acento muy pronunciado y estropeando las palabras.) ¡Eh! ¡chicos!... ya podeis retiraros... Cudiao con la inglesa... Güenos dias, madre... (Á D. Pedro y á su hija.) Dios guarde á ostées... (Volviéndose al fondo.) ¡Toribio!... ¿A despavilao?... ya sabes, el podenco de tu padre, dále bien de comer... (Los gañanes se retiran con los perros.)

FIL. ¡Papá!... ¿qué miro?... ¿qué oigo?... ¿qué contemplo?...

PED. (Á Filomena.) Calla...

FIL. ¡Qué horror! Destroza las palabras como si fueran perdices...

BAR. (Á Filomena y D. Pedro.) Yo suplico á ustedes que dispensen sus maneras de... cazador...

CAND. (De salvaje.)

BAR. (Á Silvestre.) Te presento al señor don Pedro Trápala, nuestro huesped, cuya venida te he anunciado tantas veces... (Bajo.) Díle algo...

SILV. ¡Ah! ¿Este señor es el padre de su hija?

PED. Sí, señor, el mismo...

SILV. (Á Filomena.) ¿Y esta señorita?...

PED. Es la hija de su padre.

SILV. Tanto mejor, tanto mejor, tanto mejor... (Le vuelve la espalda y se dirige al fondo.) ¡Toribio! ¡Toribio!... Yo haré que me oigas. (Chasquea el látigo con gran fuerza.)

FIL. ¡Papá! el Baron es un hombre muy... muy... muy...

PED. (Bajo á ella.) Muy rico.

BAR. (Quitándole el látigo.) Hijo mio, repara que estan aqui estos señores...

SILV. ¡Toma! Pus si ya los he visto.

BAR. Pero delante de las señoras no se chasquea el látigo...

SILV. (Á Filomena.) Osté perdone: yo no sabia que osté era de cumplimiento. (Saca del morral un pedazo de pan y un chorizo y empieza á comer groseramente.)

PED. ¿Qué es lo que hace?

FIL. ¡Papá! ¡Está comiendo... comiendo!...

SILV. ¡No señora, estoy almorzando!

BAR. (¡Qué vergüenza!) (Á D. Pedro.) Sus formas son algo bruscas... pero su fondo es excelente...

PED. Eso es lo principal. (Volviéndose á D. Cándido.) Lo demas es culpa de sus preceptores.

CAND. Caballero, no respondo mas que del latin del Baron.

BAR. Silvestre, mira que vamos á almorzar ahora...

SILV. Tanto mejor, tanto mejor, tanto mejor; estoy haciendo boca.

FIL. (Acercándose.) ¡Qué horror! ¡Es chorizo!

SILV. Si, señora, y está muy güeno. ¿Quiere osté catarlo?

PED. ¿Parece que hay buen apetito?

SILV. Si... tengo yo un estógamo...

FIL. ¡Estógamo!

BAR. (Bajo á su hijo.) Ten cuidado con lo que dices... Habla á esa señorita... es tu futura... Ni siquiera la miras... (Le quita el pan y le pone sobre la mesa.)

SILV. Güeno. (Á Filomena.) ¿Á osté le gusta cazar?

FIL. No, señor...

SILV. Le pasa á osté lo que á la Pelaa... que no hay quien la haga...

PED. ¿Quién es esa... señora?

SILV. Perdone osté la comparanza: la Pelaa es una perra que yo tengo.

FIL. (¡Dios mio! Empieza comparándome con una perra... ¿Cómo concluirá?)

BAR. (¡Jesus! yo me estoy deshaciendo.)

SILV. Pus á mí me gusta la caza mas que toas las cosas. Esta mañana me dije... ya ha venio el padre de esa hija á quien mi madre dice que yo quiero tanto, que me debo casar con ella... Pus voy á ver si mato una liebre para que la coma estofada con cebollas.

FIL. ¡Yo cebollas! ¿Por quién me ha tomado?

PED. Eso es lo que se llama ser galante.

SILV. Cojo mis perros... Chiquitin, Pata encolaa, Abejorro,

Media oreja...

PED. Bien, bien... y todos los demas.

SILV. En amor y compaña llegamos al soto, y empiezo: (Llamando á los perros.) ¡Abejorro!... ¡Toma!... ¡Toma!... ¡Ea!... ¡Ea!... ¡Ea!...

PED. Ya comprendo.

SILV. En esto una liebre salta á treinta pasos: Pata encolaa sale detrás de ella y los otros le siguen (Ladrando.) guaú... guaú, guaú, guaú...

FIL. ¡Papá! ¡Ladra!

SILV. Yo entonces dije: yo no soy menos, y eché tambien detrás gritando guaú, guaú, guaú.

PED. Es delicioso.

FIL. ¡Qué talento de sociedad!

CAND. ¡Quién ha de decir que es discipulo mio!

SILV. La pícara liebre se metió en la viña de Ojo al hombro, donde los perros y yo no podiamos seguirla...

PED. ¡Qué desgracia!

SILV. Entonces yo me dije y dije á mis perros: La liebre se ha metido en la viña de Ojo al hombro: ¿qué hacemos?

PED. La pregunta estaba en su lugar. ¿Y los perros contestaron?...

SILV. No, señor; pero la liebre seguia en la viña de Ojo al hombro.

PED. Y hacia muy bien.

SILV. Pero yo iba detrás de ella.

PED. Si, pero la liebre iba delante.

SILV. Ya, pero la viña de Ojo al hombro es muy grande.

PED. (¡Qué pesado!) Bien; ¿pero en qué quedamos? ¿mató usted la liebre?

SILV. ¡Cá! no, señor; ¿pues qué se habia osté figurao?... que mis perros y yo nos ibamos á romper los huesos por una liebre?

PED. ¡Ah! qué aventura tan graciosa y tan bien narrada.

SILV. (Empinando una enorme bota.) Con licencia de ostés voy á remojarme los gañotes.

FIL. ¡Gañotes!

SILV. ¿Quiere usted humedecer los suyos? Vamos, sin cumplimiento... una gotita... Ya sé yo que le gusta á usted...

FIL. ¿Pero qué es lo que usted se atreve á proponerme?

SILV. (No puedo ver á estas delicaitas que ni comen cebolla ni beben vino.)

BAR. ¡Hijo! retírate á mudarte de traje... Estos señores te dan su permiso.

SILV. Si, si, madre; sáqueme usted el vestido de majo... (Cogiendo el látigo y chasqueando.) Mi calañé y mi calesera.

PED. (Á Filomena.) ¡Y bien! ¿Qué te parece, hija mia? ¿Qué dices?

FIL. (Á D. Pedro.) Que no me dejaré inmolar á un salvaje, que no me casaré jamás con un hombre que imita con tanta propiedad el ladrido del perro.

PED. Hija, tú no sabes...

FIL. ¡Jamás! ¡jamás!

BAR. (Saludando.) Señores...

PED. Permítame usted, yo desearia hablar cinco minutos á solas con el Baron. (Á Filomena.) Acompaña á la señora...

BAR. (¿Qué tendrá que decirle?)

SILV. Madre, que me saques la faja.

FIL. (¡Qué desgraciada soy! Es cosa de pensar en el suicidio.)

CAND. (¿Querrá ver cómo está de latin?) (Filomena entra por la derecha con la Baronesa. D. Pedro las acompaña hasta la puerta.)

ESCENA V.

SILVESTRE, D. PEDRO, volviendo á la escena.

PED. Amigo mio, ladra usted admirablemente... Es menester hacerle esa justicia.

SILV. Gracias. ¿Pus y el carnero? ¿No sabe usted hacer el carnero?

PED. (Retirándose.) ¿Querrá toparme?

SILV. (Imitando el balido de la obeja.) Mire usted. Bée... bée... bée... bée...

PED. Basta, basta. Muy bien: ha recibido usted una educacion completa.

SILV. ¡Ah! ¡Si me viera usted hacer el toro! Un poquito... Saque usted el pañuelo...

PED. ¡Demonio! No, no; sé que imita usted á todos los animales. Pero amigo mio, con esas habilidades ha producido usted en mi hija una impresion muy desagradable.

SILV. ¡Toma! ¿Y por qué?

PED. Ha empezado usted comiendo delante de ella un chorizo...

SILV. ¡Ah! ¿á su hija de usted no le gusta el chorizo?

PED. Si, pero...

SILV. Comprendo: es una jóven delicaa á quien le gusta las natillas...

PED. No quiero decir eso... En seguida la encajó usted una historia de caza tan pesada...

SILV. Si todo ha sido por obsequiarla...

PED. Dále con la liebre, y con la viña, y con Ojo al hombro... Esas cosas desagradan mucho á las mujeres.

SILV. (Admirado.) Pues me quiere usted decir de qué es menester hablarlas...

PED. No necesita usted que yo le enseñe... á su edad se sabe demasiado... ¡Ah! picaruelo.

SILV. ¡Yo pícaro!

PED. No se haga usted el inocente. Cuando usted encuentra una muchacha bonita, ¿qué la dice?

SILV. Yo no me encuentro nunca á las muchachas.

PED. ¡Cómo! Alguna vez...

SILV. Si, una vez topé con una en el Tallar: con Geroma la pavera...

PED. Hola! Con que no me engañaba yo?...

SILV. Acababa de tirar á una perdiz y de verla caer... cuando ella la cogió antes de que yo llegara y la ocultó debajo del delantal

PED. (Con malignidad.) ¿Y usted trató de quitársela?

SILV. Si, señor, pegándola dos palos que la espampané.

PED. ¡Oh! pegar á una mujer: eso es salvaje.

SILV. ¡Caramba! y por qué me quitó ella mi perdiz?

PED. Afortunadamente á otras no las habrá usted tratado del mismo modo.

SILV. ¿Cómo á otras?

PED. Quiero decir que usted es mozo... rico, ocioso... Que en el pueblo hay chicas muy bonitas á quien habrá usted tratado mejor que á la pobre Geroma.

SILV. (Con candor.) Maldito si entiendo lo que quiere decir...

PED. Pues nada mas sencillo. Ayer cuando entré en el pueblo habia un baile en la plaza...

SILV. ¿Y bien?

PED. Lo cual prueba que aqui se baila los domingos...

SILV. Los domingos juego yo á los bolos con el tio Agua-Caliente.

PED. Si; pero despues de jugar á los bolos con el tio Agua-Caliente se baila con las mozas... se las obsequia... se

las abraza...

SILV. (Riendo brutalmente y dando grandes puñetazos.) ¡Já, já, já! ¡Qué hombre! Qué cosas dice... yo no he abrazado á nadie en mi vida...

PED. (Admirado.) ¡Á nadie!

SILV. (Con inocencia.) Cuando digo que no...

PED. ¿No ha tenido usted nunca una novia?...

SILV. Nunca...

PED. Á los veintidos años... (Este hombre es un fenómeno... un mirlo blanco... ¡Imposible! Se está burlando de mí.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. CÁNDIDO AGUA-CALIENTE.

CAND. (Con el reloj en la mano, que entra por la izquierda.) Las diez... he concluido por hoy.

PED. (Reparando en D. Cándido.) (¡El preceptor! Voy á interrogarle para salir de dudas.)

CAND. (Á Silvestre.) ¡Hola! señor baron; vengo de darle á usted su leccion...

SILV. Gracias, tio Agua-Caliente.

CAND. Hemos dado todas las reglas de pronunciacion de memoria. ¡Ah! si usted me hiciese el favor de asistir á la clase sabria ya que no se dice *estógamo* sino estómago.

SILV. Señor Agua-Caliente, yo le quiero á usted mucho; pero no puedo con su latin, no me entra...

CAND. ¡Desgraciado! que cree que estómago es palabra latina...

SILV. ¡Ea! yo voy á vestirme .. á ponerme majo... (Toma su escopeta.) Con Dios...

PED. (Á D. Cándido, que vá á seguirle.) Un momento... Tenemos que hablar.

ESCENA VII.

D. PEDRO, D. CÁNDIDO.

CAND. ¿Qué tiene usted que decirme?

PED. (Sentándose en el sofá.) Siéntese usted. (D. Cándido toma una silla y vá á sentarse en medio del teatro.) Mas cerca... (Don

(Cándido se acerca.) tenemos que hablar en confianza... Señor Agua-Caliente, usted es un zorro muy viejo...

CAND. ¡Zorro! ya he dicho que soy dómine, sacristan, curandero... ¿Por qué me atribuye usted una profesion que no tengo?

PED. He querido decir que como ha vivido usted mucho...

CAND. ¡Mucho! No tengo mas que sesenta años...

PED. Bien. Aqui, entre nosotros, su discípulo de usted se me figura que se halla sumido en una inocencia demasiado increible... ¿No es verdad?

CAND. Confieso que lo que es en cuanto á la gramática...

PED. No hablo yo de la gramática... me refiero á sus costumbres...

CAND. ¡Ah! excelentes: es una azucena.

PED. Pero ningun jóven llega á su edad sin haber tenido intrigas... aventuras... (D. Cándido muy embarazado baja los ojos.) ¿Usted comprende bien lo que quiero decir?

CAND. (Con timidez.) No, señor... no comprendo (D. Pedro le habl al oido. Pudorosamente y levantándose.) Caballero, yo no estoy acostumbrado á oir hablar de ese modo.

PED. (Levantándose tambien.) Pero qué hay de extraño en lo que le he dicho para que se ruborice usted de ese modo? Un hombre de sus años, casado...

CAND. Yo no soy casado...

PED. Lo habrá usted sido.

CAND. ¡Jamás!

PED. ¿Pero usted habrá amado alguna vez?

CAND. Si... es verdad.

PED. Pues entonces...

CAND. (Con ridículo sentimentalismo.) Tenia yo veinte años, cuando me enamoré perdidamente de la hija del boticario... Se llamaba Pánfila... Para hacerla comprender mi pasion la compuse versos en latin... y tambien á su padre y á su madre, y á dos tias y á un perro mastin, de quien Pánfila estaba apasionada.

PED. ¡Cuántas víctimas!

CAND. Pues pásmese usted, señor; á pesar de mis versos latinos se casó con un herrero... (Con orgullo) Pero yo he seguido consagrándola mi corazon todo entero... Ni una sola vez se ha profanado el altar en que yo adoraba á Pánfila.

PED. ¡Cómo!

CAND. (Con un profundo suspiro.) Cuarenta años hace que espero á que se quede viuda...

PED. (¿Pero qué pais es este? Aquel de puro salvaje... Este de puro imbécil...)

CAND. ¿No tiene usted mas preguntas que hacerme?

PED. No... gracias. (Mira á D. Cándido y se rie á carcajadas.)

CAND. (¿Qué le ha dado?)

PED. (Poniéndole la mano en el hombro.) Amigo mio, es usted un grande hombre. Debieran fundirle á usted en bronce... y colocarle en una plaza... en la plaza de Agua-Caliente.

CRND. (Con vanidad.) ¡Oh! Caballero... ¡fundirme en bronce!... yo no merezco tanto.

PED. ¡Ah! si; es justicia.

CAND. Gracias. (Saludando.) Soy de usted con las mas grandes consideraciones. (¡En bronce! Plaza de Agua-Caliente.) (Sale por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO.

¡Este hombre es otro mirlo blanco!... dos mirlos blancos he descubierto en menos de una hora... En cuanto á este pobre diablo me importa poco que siga como está... ¿Pero qué hago yo con mi futuro yerno? Yo no puedo entregar mi hija á un hombre salvaje, primitivo. (Reflexionando.) Por otro lado el estado de mis negocios exige este sacrificio... El Baron tiene una fortuna soberbia... Dentro de poco se sabrá que yo estoy arruinado... Qué diablos, si yo le mandase á Madrid á pasar unos quince dias antes de que se celebrase la boda. En quince dias... me le convierten en otro hombre. En recomendándole á un calavera .. ¡Ah! ahora que me acuerdo, mi sobrino es el único... un hombre que conoce á todo el cuerpo de baile, jugador, quimerista, que pasa la vida de escándalo en escándalo... (Acercándose á una mesa y escribiendo-) Voy á darle las instrucciones; excelente receta para civilizar salvajes al vapor. ¡Já! ¡já! ¡já! El mirlo se convertirá en gorrion. (Pone el sobre.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, la BARONESA.

BAR. (Entrando por la derecha.) ¡Ah! Señor don Pedro... estoy desolada.

PED. ¿Qué ocurre, señora?

BAR. Acabo de hablar con su hija de usted... Rehusa absolutamente la mano de mi Silvestre.

PED. (¡Diablo!) ¿Qué me dice usted?

BAR. ¡Un chico tan guapo, tan completo!... ¿Qué es lo que le ha disgustado en él?

PED. Á Filomena, acostumbrada á la vida elegante, le han chocado un poco las maneras... primitivas del Baron.

BAR. ¡Es verdad! Yo me hago cargo; pero...

PED. Y en efecto, es menester convenir en que el Baron se encuentra en un estado...

BAR. Si ha vivido siempre en los bosques...

PED. Ya se conoce; pero yo he concebido un proyecto que todo lo concilia.

BAR. ¿Cuál?

PED. Enviarle á pasar algunos dias á Madrid.

BAR. ¡Á Madrid!

PED. Verá el mundo... abrirá los ojos, se desenvolverá su espíritu y volverá civilizado.

BAR. (Con inquietud.) ¡Mi hijo en Madrid... en ese centro de perdicion!

PED. Es un viaje necesario; créame usted, no hay otro remedio.

BAR. ¿De veras?

PED. Su felicidad... su matrimonio dependen...

BAR. ¡Dios mio! si es preciso me resignaré con este nuevo sacrificio... yo le acompañaré.

PED. ¡Usted! De ningun modo... (Pues no faltaba mas.)

BAR. ¿Por qué?

PED. (Enseñándole la carta.) Porque yo se le recomiendo á mi sobrino, el vizconde de la Sota...

BAR. ¿Persona de confianza?

PED. Yo respondo.

BAR. Capaz de guiar sus pasos en todos los lugares...

PED. En todos los lugares posibles. Esto costará unos cuan-

tos miles de reales... Pero ¿qué importa?

BAR. ¿Y su marcha será?...

PED. Ahora mismo. Es menester evitar que tenga otra entrevista con mi hija.

BAR. ¡Oh! no... Mañana, pasado mañana... Es menester que le acompañe una persona... El pobre niño no ha puesto nunca el pié en un diligencia.

PED. Eso no le hace.

ESCENA X.

DICHOS, D. CÁNDIDO, despues SILVESTRE, CRIADOS y luego FILOMENA.

CAND. (Apareciendo en el fondo por la izquierda.) ¿La señora Baronesa quiere autorizar al jardinero para que me preste un azadon?

BAR. ¡Ah! el señor Agua-Caliente... Hé aqui el hombre que nos hacia falta.

CAND. Voy á plantar mis patatas y en seguida...

BAR. (Á D. Cándido con impaciencia.) Amigo mio, ¿quiere usted prestarme un gran servicio?...

CAND. Hable usted, señora.

BAR. Mi hijo parte ahora mismo para Madrid y es preciso... que usted le acompañe.

CAND. (Estupefacto.) ¿Yo? ¡Á Madrid! Señora...

PED. (Con la carta en la mano.) Voy á añadir una postdata para el preceptor.

BAR. No admito excusas.

CAND. ¿Y mis patatas?

PED. Mañana es domingo... el lunes estará usted de vuelta...

CAND. ¿Pero en este traje?

PED. Ya se mudará usted al pasar por su casa. (La Baronesa tira del cordon de la campanilla y aparecen dos criados por el fondo, á quienes comunica algunas órdenes: los criados se retiran por donde han venido.)

CAND. Bien. ¿Y cuáles son mis instrucciones?

PED. Bien sencillas. Entregará usted en casa de mi sobrino... esta carta, esta cartera y al señor Baron... (Le dá la carta y una cartera.)

CAND. Pero no comprendo...

PED. No hace falta...

CAND. Entonces estoy enterado. Se trata de una mision se-

creta.

SILV. (Entrando por la izquierda, con dorman y un chaleco de colores muy fuertes.) Ya traigo mi calesera y mi chaleco de ramos...

BAR. (Corriendo á él y abrazándole.) ¡Hijo mio!

CAND. (Enjugando las lágrimas.) ¡Ah! ¡Pánfila de mi vida!

SILV. ¿Quién se ha muerto?

BAR. Nadie: pero tú vas á marchar á Madrid, á abandonarme...

SILV. (Tranquilamente.) ¡Toma! ¡toma! ¡toma!

BAR. Afortunadamente te acompaña el señor Agua-Caliente.

SILV. ¡Toma! ¡toma! ¡toma! (Á D. Cándido.) ¿Y qué tripa se nos ha roto á nosotros en Madril?

CAND. Señor, eso es lo que no puedo decir. ¡Es una mision secreta!

(Los dos criados entran por el fondo con paquetes y frascos. La Baronesa los toma y los dá á su hijo, que mete una parte en sus bolsillos y dá la otra á D. Cándido.)

BAR. Cuidado con una imprudencia, Silvestre. Ahí llevas bálsamo de Maláts, chocolate, bizcochos y una estampa de san Antonio abad.

SILV. Güeno. Pus hasta la vista. (Alargándola una mano.) Madre, cuidiao con mis perros. (La Baronesa le abraza.)

FIL. (Entrando precipitadamente.) Papá, ¿es cierto que me veo libre de la bárbara coyunda?

PED. (Bajo.) Silencio. (Alto.) Dentro de quince dias estará de vuelta el Baron y se celebrará vuestro enlace.

FIL. (Con ademan patético.) ¡Ah! yo necesito desmayarme.

CAND. ¡Ah! Pánfila, Pánfila, de *meo corde*.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con lujo. Una puerta al fondo; dos á derecha é izquierda en tercer término. Ventana á la izquierda; chimenea á la derecha. Un velador en el centro, sobre el cual hay una estatuita de piedra, un abanico y un album. Un juego de café sobre una consola.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SINFOROSA, despues D. SILVESTRE y D. CÁNDIDO.

SINF. (Arreglando los muebles) ¡De qué mal humor se acostó anoche la señorita!... ¡Pobre criatura! Desde que vino de América su tutor, no tiene hora tranquila... No es para menos... Un hombre medio salvaje, un indio bravo, haberse enamorado de ella... ¡Caramba con el tal tutor!... ¿Por qué no se habrá quedado por allá con sus negros y sus ingenios de azúcar?... Maldita la falta que nos hacia. Yo he cuidado siempre de la educacion de Rosita como si se tratara de mi misma hija... Por eso hoy es una huérfana tan solicitada de cuantos prefieren las buenas prendas al dinero. Verdad es que son pocos: los jóvenes de hoy gastan casi todos libros de caja... Desde que todo el mundo ha aprendido á sumar y restar se ama muy poco... ¡Malditas cuentas!... De todos modos, el que Rosita sea pobre no es razon para que se case con una fiera... Pero como el hombre es su tutor y se ha instalado en casa desde que vino, la acosa, la

sofoca... ¿En qué estaria pensando mi difunto amo cuando confió su hija á ese... (Silvestre y D. Cándido entran por el fondo: D. Cándido trae el sombrero en la mano.)

CAND. Señora, permítame usted que la salude.

SINF. ¡Cómo! ¿Ya estan ustedes de vuelta? Esto es insufrible... No contentos con habernos despertado esta mañana á las seis...

CAND. Pero como usted nos dijo que volviéramos... nos hemos permitido volver.

SINF. Pero no tán pronto. No se ha levantado todavia el señor.

SILL. ¡Qué mal genio! Si todas las viejas...

SINF. ¡Descortés! ¿Con quién cree usted que habla?

CAND. No haga usted caso. El señor no sabe latin.

SINF. Si, pero en castellano se expresa de una manera...

CAND. (Sacando el reloj.) ¡Las ocho!

SINF. Vuelvan ustedes al medio dia... Acaso entonces pueda recibirlos...

CAND. Asi lo haremos.

SILV. ¿Á que no sabes adónde vamos ahora?

CAND. ¿Adónde?

SILV. Á echar pan á los gansos del Retiro.

CAND. No se habrán levantado todavia.

SINF. No, señor; los gansos de Madrid se levantan muy temprano.

CAND. Pues nosotros hemos venido tan de mañana porque el señor conde de la Sota nos dijo que á cualquier hora seriamos recibidos.

SINF. ¡Ah! El señor conde... ¿Vienen ustedes de parte del señor conde?

CAND. Si, señora.

SINF. Recuerdo haber oido nombrar ese sujeto muchas veces al señor... ¿Es americano?

CAND. Diré á usted; él vive en la calle de los Tres Peces.

SINF. Si, el mismo.

SILV. Gasta dentro de casa una túnica mu larga...

SINF. Entonces voy á pasar recado... Puede que se levante. (Si yo hubiera sabido...)

ESCENA II.

SILVESTRE, D. CÁNDIDO.

SILV. (Sacando una manzana de su bolsillo y comiéndosela á bocados.) ¿Con que, tio Agua-Caliente... ya estamos en el gran mundo?

CAND. (Sacando del bolsillo una torta envuelta en un papel y comiendo.) Si, hijo mio; aqui es menester mucha finura... (Apercibiendo un traje de lacayo, galoneado, que hay sobre una silla.) ¡Qué rico vestido! ¡Quién tuviera uno!

SILV. (Mirando el album que hay sobre el velador.) ¡Ah! ¡cuántas estampas!... Deben ser retratos... Mire usted, tio Agua-Caliente... mire usted qué buey... Si parece que está hablando...

CAND. (Recogiendo los pedazos de manzana que Silvestre habrá esparcido por el suelo.) Ruego á usted, señor Baron, que no arroje cáscaras en el suelo... Estamos en el gran mundo.

SILV. ¿Puedo sentarme?

CAND. No hallo inconveniente. (D. Cándido se sienta en el sofá: Silvestre cerca del velador.)

SILV. Como no tengo costumbre de andar por el empedrado se me hinchan los pies... De buena gana me quitaria las botas... (Haciendo un movimiento.) ¡Bah! voy á quitármelas.

CAND. (Levantándose.) ¡Deténgase usted! Eso no se hace... á menos que no obtenga usted antes la autorizacion del dueño de la casa...

SILV. No necesito que me dé usted lecciones de educacion... Esperaré á que salga, y entonces... (Se vuelve á sentar.)

CAND. ¡Calla! se me olvidaba poner las manzanas en cuenta... (Saca un cuaderno del bolsillo.) ¡Cómo se vá el dinero en Madrid! (Leyendo.) Un coche para ir á casa del señor conde... treinta y cuatro cuartos.

SIL. No es caro... dos caballos, cuatro ruedas... y un cochero...

CAND. Si, pero se vá mejor á pié.

SILV. El conde es muy llano: si no hubiera estado enfermo nos hubiera acompañado.

CAND. Por eso nos dijo, despues de reirse mucho: me es imposible prestar á ustedes el servicio que mi tio exige; pe-

ro aqui tienen ustedes una carta para un caballero amigo mio, á cuyas instrucciones deben ustedes entregarse completamente.

SILV. ¿Y en qué nos tiene que destruir ese caballero? Porque yo tengo un odio á que me destruyan...

CAND. Es una mision secreta.

SILV. ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

CAND. ¡Ah! se me olvidaba... (Sacando con gran prisa el cuaderno.)

SILV. ¿Qué va usted á apuntar?

CAND. El desayuno de esta mañana. (Escribiendo.) Doce sardinas y dos chicos de horchata.

SILV. Es verdad; fué mia la idea de tomar horchata encima de las sardinas. Y qué reloj tan majo habia en el café donde las tomamos; un reloj que hacia cú, cú, cú, cú, cú, cú. Caramba, yo quisiera uno de esos para el bolsillo.

CAND. Maldito café. Mientras comiamos las sardinas me han quitado mi sombrero nuevo y me han dejado este que no me viene. (Enseñando el sombrero.)

SILV. Pus es mas grande que el tuyo... De modo que has salido ganando...

CAND. Si, pero á pesar de eso no me entra. (Se lo pone.)

SILV. Á ver si me viene á mí. (Se lo prueba.) Tampoco. (Devolviéndosele.) Llévale siempre en la mano... y cualquiera creerá que es tuyo.

CAND. (Mirando á la izquierda.) Alguien viene. Levantémonos.

ESCENA III.

SILVESTRE, D. CÁNDIDO, DOÑA SINFOROSA.

SINF. (Entrando por la izquierda.) Acabo de hablar con el señor.....

CAND. ¿Y qué?

SINF. No puede recibir á ustedes hasta el medio dia.

CAND. (Sacando su reloj.) Las nueve y media... ¿Qué hacemos?

SILV. Vamos al Museo. Allí me quitaré las botas. (Vánse por el fondo.)

ESCENA IV.

DOÑA SINFOROSA, DOMINGO.

DOM. Mi señora doña Sinforosa, ¿quiénes son esos dos originales que acaban de salir?

SINF. Dos paletos cerriles.

DOM. ¿Parientes de don Leon?

SINF. Es muy posible. Se los recomienda su amigo el conde de la Sota.

DOM. ¡Ah! ¿Son los que la despertaron á usted á las seis de la mañana? ¿Se ha levantado la fiera?

SINF. Si; pero no ha querido recibir á esos buenos hombres.

DOM. Ahora que estamos solos vamos á murmurar un poco. Á mí me gusta tanto...

SINF. Como que lleva usted quince años sirviendo.

DOM. ¿Con que el señor don Leon insiste en sus trece de molestar continuamente á la señorita con sus proposiciones de casamiento?

SINF. Continuamente.

DOM. Pero, ¿por qué le ha recibido en casa?

SINF. ¿Qué queria usted que hiciera siendo su tutor y habiendo venido de América con el solo objeto de encargarse de ella? Desde su llegada no hay tranquilidad..... Es verdad que lejos de gravar con sus gastos la corta pension de la señorita, ha amueblado la casa por su cuenta... que lo paga todo; pero cara nos cuesta su generosidad.

DOM. ¿Y él no conoce que sus modales, que su genio, que su sola presencia basta para asustar no á la señorita sino á la mujer que tenga mas ganas de casarse?

SINF. ¿Qué quiere usted que conozca un hombre que ha hecho la trata de negros, insociable, feroz, y que se llama don Leon Tempestad?

DOM. ¿Y la señorita no le tiene miedo?

SINF. Ninguno. Como no le quiere se burla de sus arrebatos.

DOM. Pues como ayer no comió en casa prepárese usted para el interrogatorio sobre las personas que entraron y salieron en su ausencia.

SINF. ¡Ah! es un buitre, un animal, un dromedario, un tutor enamorado de su pupila. (Apercibiendo á D. Leon, que entra

por la izquierda.) ¡Ah! ya está aqui... (Con la mayor adulacion.) ¿Le ocurre algo, señorito?

LEON. (Receloso.) ¿De qué hablaban ustedes?

SINF. De la humedad del tiempo.

LEON. Bien. ¿Se ha levantado Luisita?

SINF. Si, señor... Voy á prevenirla... (Se dirige á salir.)

LEON. No; antes tengo que hablar con usted.

SINF. ¿Conmigo? Diga usted...

LEON. (Á Domingo, que vá á salir.) ¡Eh! no te muevas: tambien tengo que hablar contigo. (Á Doña Sinforosa con misterio.) ¿Qué hizo ayer la señorita despues de almorzar? Cuidado con lo que usted responde.

SINF. Salió á comprar unos encajes.

LEON. ¡Encajes!

SINF. Si, señor.

LEON. ¿Sola?

SINF. No, señor; con Luisa, mi sobrina, una persona de confianza...

LEON. ¿Á qué hora volvió?

SINF. Á las dos.

LEON. ¿Sola?

SINF. No, señor.

LEON. ¿Y despues qué hizo?

SINF. No volvió á salir.

LEON. Está bien. Puede usted retirarse.

SINF. (Negrero al fin.)

LEON. ¿Qué reza usted?

SINF. Que es usted muy amable... (Váse por la izquierda.)

LEON. (Esta mujer me ha cobrado cariño... pero no es bueno fiar... Continuemos el interrogatorio.) (Alto á Domingo.) ¡Pst! aqui...

DOM. (Acercándose.) (Este hombre parece un juez.) Señor...

LEON. (Señalándole las flores que hay en un jarron colocado sobre una consola.) ¿De dónde proceden esas flores?

DOM. Señor, es bien sencillo... las he comprado yo mismo de órden de la señorita.

LEON. (Con furor.) ¡Mientes! yo soy quien las ha mandado comprar.

DOM. (¡Demonio!) Yo ignoraba...

LEON. ¿Tratabas de engañarme?... Eres un miserable... un pillo... un... (Le amenaza con el baston.)

DOM. ¡No me toque usted! Guárdese usted...

LEON. ¡Es verdad! Estamos en España... donde no se puede apalear á los criados... (Pone su baston sobre el sofá.) En América hay negros y puede uno desahogarse... ¿Qué hizo la señorita ayer despues de almorzar?

DOM. Fué á comprar... varias cosas.

LEON. ¿Sola?

DOM. Con la señorita Luisa.

LEON. ¿Á qué hora volvió?

DOM. Á las dos.

LEON. ¿Sola?

DOM. No, señor.

LEON. ¿Y despues qué hizo?

DOM. Volvió á salir con...

LEON. ¡Ah! ¡Volvió á salir! Doña Sinforosa me ha dicho que se quedó en casa.

DOM. (¡Malo!) Es verdad, señor, no me acordaba...

LEON. (Subiendo.) ¡Tú te contradices!... ¡Tú mientes!... Te despido ahora mismo...

DOM. (Subiendo tambien.) Pero señor...

LEON. ¡Fuera de esta casa! ¡Vete!

DOM. Permítame usted; pero yo sirvo á la señorita...

LEON. (Tomando una silla y colocándose al lado de la puerta del fondo en actitud amenazante.) ¡Vete!

DOM. No me toque usted... ya me voy... pero no me toque usted... Estamos en España... (Váse por el fondo.)

ESCENA V.

D. LEON, despues ROSA.

LEON. (Solo, gesticulando furiosamente con la silla, á la que vá arrancando uno á uno todos los palos.) En América con veinte palos á este tuno, con otros veinte á su compañera, se les hubiera hecho hablar... se descubriria la verdad... pero aqui... en este pais atrasado... nada. Ha salido... no ha salido... ¿Á cuál de los dos creo?... ¿Y no puedo romper un brazo siquiera á cada uno de ellos? ¡Ah! será preciso que tome un negro. (Acaba de destrozar la silla y arroja los pedazos por el suelo.)

ROSA. (Entrando por la izquierda.) ¡Bravo! Hoy empieza usted bien...

LEON. (Calmándose repentinamente.) ¡Oh! Perdone usted...

ROSA. (Tomando una silla de junto al velador y presentándosela.) Tome usted: aqui tiene usted otra... ¿ya podrá usted comerse dos?

LEON. (Confuso.) Dispénseme usted... mi querida Rosita... pero...

ROSA. ¿No tiene usted hambre?... (Dejando la silla.) Vamos, la dejaré entonces á mano... para cuando quiera usted continuar su desayuno...

LEON. ¡Señora, la culpa no es mia... es del criado á quien acabo de despedir!

ROSA. ¿Ha devorado usted tambien á Domingo? Eso es ya glotoneria.

LEON. No debe usted quejarse... un zángano embustero... ¡Pronto tomará usted otro... ó dos! (Despues de una pausa.) ¿Con que ayer salió usted en mi ausencia?

ROSA. ¡Yo!

LEON. Doña Sinforosa me lo ha dicho.

ROSA. (¡Imbécil!) Si... un instante. Fuí...

LEON. ¿Adónde?

ROSA. Á paseo, al Retiro.

LEON. ¿Al Retiro? Con quién?

ROSA. Pero eso es...

LEON. Usar de mi derecho. Un tutor debe saber... No creo que saliera usted sola...

ROSA. Me acompañó Luisa.

LEON. No me gusta mucho esa amiga. Qué empleo me ha dicho usted que tiene en un teatro?

ROSA. Es racionista. Tiene mucha aficion, y doña Sinforosa, su tia, quiere que siga una carrera donde pueda llegar á...

LEON. Á ser silbada.

ROSA. ¡Pobre chica! Anoche lo fué una pieza en que ella trabajaba. El público se levanta algunos dias de un humor...

LEON. Bien, no hablemos mas de eso. (Se sienta.)

ROSA. ¿Ha concluido el interrogatorio? (Sentándose á su lado.) Mi querido tutor, es usted una fiera.

LEOD. ¡Cómo! (Toma maquinalmente la estatuita que hay sobre el velador.)

ROSA. Creo que no tendrá usted la pretension de pasar por un hombre afable, civilizado.

LEON. ¡Rosita!

ROSA. (Señalándole los pedazos de la silla.) Un hombre que engulle sillas... Continúo pues... Mi querido tutor, es usted...

LEON. ¡No me trate usted asi!... (Rompe la estátua en dos pedazos y se los mete en el bolsillo.)

ROSA. (Observándole.) Yo conozco que le falto á usted un poco al respeto... pero usted ha dado en no tenérsele á ningun mueble...

LEON. ¿Usted sabe la causa?

ROSA. Si, dice usted que asi me manifiesta su cariño. No haria mas una...

LEON. ¡Rosita! (Toma el abanico del velador y juega.)

ROSA. Insisto en lo que he dicho. Ayer, sin ir mas lejos, ahogó usted á mi pobre mono...

LEON. Porque estaba detrás de la cortina... Yo creí que era...

ROSA. ¿Un rival?...

LEON. No, un ladron.

ROSA. Un pobre mono venido de América... ¡Uno de sus compatriotas!.. ¡Qué falta de patriotismo!

LEON. (¡Se está burlando de mí!) (Hace un movimiento de cólera y parte el abanico.) ¡Voto á mil barcos! (Guarda los pedazos en el bolsillo.)

ROSA. (Que le observa sin moverse.) Yo en lugar de bolsillo traeria un costal.

LEON. (Turbado.) Perdone usted... ha sido sin querer... Rosa, usted no me conoce, no me comprende, no... Madrid es quien me irrita, quien me enfurece... en América yo soy amable, dulce... ¡Ah! si usted quisiera iriamos á aquel hermoso pais.

ROSA. Gracias... hace mucho calor.

LEON. Seriamos tan felices... en las riberas del Misisipí.

ROSA. Muy señor mio, no tengo el honor de conocerle.

LEON. Un rio inmenso... surcado por buques de vapor... que á lo mejor estallan pereciendo entre sus llamas sus pasajeros... ¡Eso distrae!... Se hacen apuestas sobre los que se ahogan... ¡cien dollars á que se salva!.. doscientos á que se sumerge. ¡Qué gran pais!

ROSA. ¡Gracias!... (Levantándose.) Prefiero España.

LEON. (Levantándose.) ¡Ah, si!... (Tomando su baston.) Usted prefiere estos árboles raquíticos de la Fuente Castellana... el estanque del Retiro... estos teatros mezquinos... llenos de pollos enfermizos...

ROSA. Muy elegantes y muy finos...

LEON. ¡No diga usted eso, señora!... (Con su baston derriba al suelo el juego de café que hay sobre la consola. Las tazas se rompen con estrépito. Rosa se sienta cerca del velador y escribe.) Cuando yo observo que la miran á usted... que la requiebran al pasar... que la dan la mano... que contemplan sus brazos desnudos... sus espaldas... me exaspera... me crispa... me pone fuera de mí... (Deja caer los floreros. Rosa continúa escribiendo.) ¿Á quién escribe?

ROSA. (Defendiendo el papel.) ¡No! no mire usted.

LEON. Quiero saberlo... lo necesito... lo sabré... (La arrebata el papel y lee mientras que Rosa se levanta. Leyendo.) Un busto pequeño de mármol... doscientos reales: un abanico... un juego de café...

ROSA. Total seiscientos reales... Quien rompe paga...

LEON. Señora...

ROSA. No hallo otro modo de corregir á usted en su feroz mania... Ayer rompió usted por valor de trescientos reales... Y eso que no le pongo á usted en cuenta á su compatriota.

LEON. Es justo... Yo repondré todo hoy mismo. ¿Qué quiere usted? estos desahogos me consuelan... me hacen mucho bien... En América en estos casos abofetea uno á sus negros.

ROSA. ¿Lo cual sale mas barato?

LEON. ¿Qué piensa usted hacer hoy por la mañana?

ROSA. Salir á paseo con mi amiga Luisa.

LEON. Acompañaré á ustedes.

ROSA. Bueno. La estoy esperando para almorzar.

LEON. Almorzaremos juntos.

ROSA. Bien; pero el caso es que he comprado ayer una bajilla nueva...

LEON. Almorzaremos fuera.

ROSA. Me parece mejor. ¿Dónde?

LEON. En la Fuente Castellana.

ROSA. Bueno. Asi se verán obligados á comprar un servicio mas bonito.

LEON. Qué burlona. Dentro de una hora estoy aqui.

ROSA. Hasta luego, mi querido sal... (Reprimiéndose.) (Le iba á llamar salvaje sin acordarme del espejo.)

ESCENA VI.

ROSA, despues DOÑA SINFOROSA, despues LUISA, despues D. CÁNDIDO y SILVESTRE.

ROSA. ¡Jesus! ¡qué hombre! No se le puede contradecir... Y lo peor es que se ha enamorado de mí como un loco... De nada le sirven mis burlas y mis desdenes... Cada vez mas empeñado en que se ha de casar conmigo...

SINF. Luisa... mi sobrina...

ROSA. Que entre en seguida.

LUISA. (Entrando por la derecha.) Buenos dias, Rosita... (Mirando los restos de la bajilla.) ¡Ah! tu plantador de azúcar y cacao ¿se ha levantado ya?

ROSA. Ya lo ves... ahí tienes su saludo. (Doña Sinforosa recoge el cascajo. Á Luisa.) ¿Con que la pieza de anoche salió mal?

LUISA. Si... hubo algunos murmullos...

ROSA. Me han dicho que no pudo concluir.

LUISA. La culpa la tuvo el autor, que se empeñó en sacar un perro de Terranova en un baile de Luis XV.

SINF. (Desde el fondo á Rosa.) ¡Ah! Señora... se me olvidaba... ahí fueran estan dos sujetos... que han venido dos veces desde esta mañana... Buscan al señor don Leon...

ROSA. ¿Qué quieren?

SINF. No sé.

ROSA. Díles que entren. (Doña Sinforosa sale. Rosa y Luisa se sientan en el sofá.)

SINF. (Introduciendo á D. Cándido y Silvestre por el fondo.) Pasen ustedes adelante.

ROSA. (Á Luisa.) ¡Jesus! ¡qué figuras!

LUISA. (Bajo.) ¿Pero de dónde han salido esas dos fachas?

CAND. Don Leon...

ROSA. No está... pueden ustedes esperarle...

CAND. (Presentándose á sí mismo.) Yo soy don Cándido Agua-Caliente, profesor de este jóven... (Presentándole.) el señor don Silvestre Monte-espeso... (Bajo á Silvestre.) Salude usted. (Los dos hacen sucesivamente tres saludos ridículos, uno á Rosa, otro á Luisa y el tercero á Doña Sinforosa.)

SILV. (Á Doña Sinforosa.) Usted, que es una mujer de edad, ¿á que no sabe lo que tenia en mi bota?

SINF. Una herradura mal puesta...

ROSA. ¿En qué puede servir á ustedes don Leon?

CAND. Eso es lo que no podemos decir.

ROSA. (Riendo.) Pues yo tampoco lo puedo saber...

LUISA. ¡Ni yo!...

SINF. ¡Ni yo!...

SILV. Ni yo tampoco...

ROSA. Entonces no veo medio de adivinarlo... Como no consultemos á un sonámbulo. (Las tres se rien á carcajadas.)

CAND. y SILV. (Riendo.) ¡Já! ¡já! ¡já!

ROSA. (Á Luisa.) ¿Pero de dónde han salido este par de avestruces?

CAND. (Sacando una carta.) Voy á entregar á usted una carta del conde de la Sota.

ROSA. ¿Conoce usted al conde?

CAND. Si, señora... (Le entrega la carta.)

ROSA. (Leyendo.) «Señor don Leon...» Viene abierta.

LUISA. Léela, Rosa... Asi sabremos...

CAND. ¿Se llama usted Rosa?... En latin *Rosa*, quiere decir Rosa.

LAS TRES. ¡Ah!

SILV. *¡Rosus, Rosa, Rosum!* conjugado por *sermo sermonis.*

CAND. (¡Desgraciado! ¡Qué barbarismos está cometiendo!)

ROSA. (Sentándose en el sofá.) (Veamos si la carta explica á qué especie pertenecen estos señores...) (Á ellos.) Tomen ustedes asiento. (Doña Sinforosa se coloca detrás del sofá.)

CAND. (Á Silvestre, bajo.) Ahora vamos á saber á qué hemos venido á Madrid. (D. Cándido se sienta al lado del velador y hace el molinete con su sombrero: Silvestre se sienta al otro lado y se entrega al mismo juego. Rosa, lee á media voz.)

ROSA. (Leyendo.) «Mi querido amigo... Grande es la prueba »que me atrevo á exigir de su amistad. Un tio, á quien »estoy obligado á servir, me manda desde la provincia »de Leon un salvaje, cazado sin duda en aquellas mon«tañas, para que reciba un barniz de civilizacion antes »de casarse. Le acompaña su preceptor, especie de pa»pagayo con pluma de ganso... Usted, que ha hecho la »trata de negros con tanta fortuna, ¿querrá hacerme el »favor de dedicarse á la trata de blancos por unos dias, »y domesticar á mis recomendados? Yo estoy enfermo y »no puedo servir á mi tio. La empresa es fácil: su pu»pila de usted tiene amigas, y mis dos salvajes pueden »hacer en cualquier tertulia un papel divertido.»

CAND. (Á Silvestre.) ¿Has entendido algo?

SILV. No.

CAND. Ni yo tampoco.

ROSA. (Á Luisa.) ¡Qué mala intencion tiene el tal conde! ¡Pobres gentes! Ya me interesan.

LUISA. ¿Pero qué vá á ser de ellos si los toma por su cuenta don Leon?

ROSA. Me parece muy difícil que don Leon pueda prestar á ustedes el servicio que exige el conde.

CAND. ¿Y por qué? Yo respondo del señor Baron.

ROSA. ¡Ah! ¿Es baron?

CAND. Es honrado, manso, inocente... Jamás ha salido de su palacio.

ROSA. ¿Tiene palacio?

CAND. Jamás ha amado á ninguna mujer.

LUISA. ¡Já! ¡já!

ROSA. No te rias.—¿Pues no está para casarse?

CAND. Todo es mentira.

ROSA. ¿De veras?

SINF. ¡Qué colorado está!

ROSA. ¿Quién le dá á usted vela en este entierro?

LUISA. Di mejor en este bautizo.

CAND. Yo he sido educado en las mismas costumbres.

SINF. (Acercándose.) (El preceptor tambien... ¡Ah! Si yo pudiera...)

LUISA. (Á Rosa.) De un tonto se puede hacer mas fácilmente un marido que de un americano.

ROSA. Es verdad... pero... (Á Silvestre.) ¿Pero usted oye lo que dicen de usted?

SILV. Todo es verdad... todo, todo, todo.

ROSA. (¡Un baron! ¡Un palacio!... ¡Qué dos nombres tan dulces!) (Alto.) De modo que usted solo desea conocer á Madrid... que le proporcionen algunas relaciones...

LUISA. Que le permitas venir á tu casa...

SILV. Eso es... eso es...

CAND. ¡Ah, señora! Si usted consintiese en encargarse de él... yo partiria gustoso...

SINF. (Con ternura.) ¿Se marcha usted?

CAND. Esta tarde... á las seis, cuarenta minutos y treinta... céntimos.

SINF. (Con ternura.) ¡Ah! no se vaya usted... no se vaya usted...

CAND. Tengo que plantar mis patatas.

ROSA. (Á Luisa.) Es preciso que don Leon no los vea. Yo los tomo bajo mi proteccion.

LUISA. El Baron tiene trazas de muy rico.

ROSA. (Á Doña Sinforosa.) Póngase usted al balcon y avise usted en cuanto le vea. (Coloca á Silvestre á la derecha y le hace sentarse á su lado en el sofá.)

SINF. Voy en seguida, (¡Mujer de un profesor!... es una colocacion que me agrada!) (Á D. Cándido.) ¿Usted será casado?

CAND. No, señora...

SINF. ¿Viudo?

CAND. No... doncello.

SINF. ¿Soltero como yo?... ¡Ah! no parta usted... ¡no parta usted!... (Sale por el fondo.)

CAND. (¡Qué buenas maneras tiene!)

ROSA. (Hace señal á D. Cándido de que se siente.) Vamos á ver... ¿En qué emplearon ustedes ayer el dia?

CAND. Fuimos á la comedia.

ROSA. Muy bien. ¿Y á qué teatro?

SILV. Á una casa muy grande...

CAND. Eso es, á un teatro muy grande...

SILV. Allí vimos un hombre muy majo, que daba muchas voces á una mujer... que se habia casao con otro... pero luego como salió un general muy bajito... á quien un tio suyo enseñaba á hablar... á la fin y á la postre el hombre de las voces sacó un cuchillo y queria matar á la mujer... entonces otro que estaba metio en una cobachita con dos luces, empezó á gritar tanto que no se oia á los demas, y por eso cayó de lo alto una tela mu larga... mu larga... que los tapó á todos.

LUISA. (Á Rosa.) El drama de anoche...

ROSA. ¡Qué casualidad!

SILV. Pero á mí lo que mas me gustó fué lo que hicieron cuando se levantó otra vez la tela. Yo estaba tan callao... cuando veo salir un perro... ¡Mi Pata-encolá! dije en seguida; y empecé á silbar á ver si me entendia.

ROSA. ¿Qué dice usted?

SILV. Que como yo silbaba á mi perro toos empezaron á hacer lo mismo, y la tela larga volvió á caer en seguida.

ROSA. (Levantándose.) ¡Fué él quien te silbó!... ¡Já! ¡já! ¡Es delicioso!

LUISA. (Riendo tambien.) ¡Já! ¡já!
CAND. ¡Qué alegres son!
SILV. ¡Me dan ganas de ladrar!
CAND. Pues ladra, hijo...
ROSA. Es preciso que esta tarde nos veamos en paseo.
SILV. Y jugaremos al toro. Yo haré de toro.
LUISA. (Á Rosa.) No pienses en el americano.
SINF. (Entrando precipitadamente.) ¡Don Leon Tempestad! Acaba de llamar... (Se oye la campanilla.)
ROSA. ¡Dios mio! ¡Se los vá á comer crudos! Es preciso que no vea á ustedes.
LUISA. ¡Pronto! que se oculten.
SILV. ¿Es preciso que nos ocultemos? Yo no temo á naide.
ROSA. (Metiendo á Silvestre en la puerta de la izquierda.) Usted aqui...
LUISA. (Llevándose á D. Cándido á la puerta de la derecha.) Usted por acá. Cualquiera de ustedes, á quien vea, puede darse por muerto. (Luisa se sienta en el sofá y toma un libro. Rosa se sienta cerca del velador. Doña Sinforosa arregla la consola. D. Leon, aparece seguido de un criado que trae una estátua y un juego de café. Él tiene en la mano un abanico con su estuche.)

ESCENA VII.

DOÑA SINFOROSA, ROSA, LUISA, D. LEON.

LEON. ¡No se muevan ustedes! (Al Criado.) Coloca todo eso y vete. (El Criado coloca el juego de café en el velador y dá la estatua á Doña Sinforosa, que la pone sobre la consola. D. Leon presenta á Rosa el abanico.) Tome usted, Rosita... Quien rompe paga.
ROSA. (Mirando el abanico.) ¡Qué abanico tan lindo!... Le pondremos fuera del alcance de sus manos... (Le guarda en la consola.) ¡Ah! qué bonito es tambien el juego de café...
LEON. (Á Luisa.) ¡Chist... ¡Luisa!
LUISA. ¿Á mí? (Cualquiera diria que llamaba á un perro.)
LEON. (Bajo.) Bien paseó usted ayer... en el Retiro.
LUISA. ¡Yo! Si no salí de casa...
LEON. ¡Ah! ¡siempre mentiras!... ¡mentiras! (Golpea el velador con su caña.)
SILV. (Entreabriendo la puerta.) ¡Chist!
ROSA. (Colocándose precipitadamente delante de la puerta y cerrándola.) ¡Oh!

LEON. (Volviéndose.) ¿Qué?

ROSA. (Apoyándose en la puerta.) Nada... que me causa usted miedo...

LEON. Pues bien, señora... Luisa no estuvo ayer en el Retiro.

ROSA. (Hace una seña á Luisa.) ¿Que no estuvo?

LUISA. ¡Ah! ¿En el Retiro? Si... si habia entendido en la Fuente Castellana... La culpa es de usted... (Á D. Leon.) que pronuncia con un acento tan americano...

ROSA. Es verdad... con esa pronunciacion es muy fácil entender una cosa por otra.

LEON. (Cómo se entienden.) (Alto.) Vamos, póngase usted la mantilla y Luisa nos acompañará.

ROSA. ¿Adónde?

LEON. ¿No hemos quedado en almorzar fuera?

LUISA. (¡Válgame Dios!)

ROSA. (¡Ah! ¡ya no me acordaba!) ¡Imposible! Lo dejaremos para mañana...

LEON. ¿Pues cómo?

ROSA. Me siento mal... estoy segura de que me vá á atacar la jaqueca...

LEON. (Exaltándose.) ¡La jaqueca!... ¡Siempre la jaqueca!... (Levantando la voz.) ¡Voto á mil millones de ingenios de azúcar! (Patea furiosamente.)

CAND. (Entreabriendo la puerta de la derecha.) ¡Eh!

LUISA. (Colocándose vivamente delante de la puerta y cerrándola.) ¡Oh!

LEON. (Volviéndose.) ¿Qué?

LUISA. Nada.

ROSA. ¡Ah! ya me siento con ella. ¡Qué vahidos!... (Se deja caer en una silla cerca del velador.)

LEON. ¡Rosita! sosiéguese usted... El aire del campo le sentará á usted bien...

ROSA. No... no puedo moverme... Ya estoy mala para todo el dia... no puedo salir... Almuerce usted solo... Vaya usted por un médico.

LUISA. Lo mejor es no hablarla... Váyase usted... Yo cuidaré de ella... (Se le acerca.)

ROSA. No... déjame tú tambien... Quiero estar sola... (Á Don Leon.) Acompáñela usted... ¡Oh! ¡Qué nervios!

LUISA. (Me aleja .. Comprendo.)

LEON. (Á Rosa.) Haga usted por dormir un poco.

ROSA. De eso trato.

ESCENA VIII.

ROSA, despues D. CÁNDIDO, luego SILVESTRE, luego DOÑA SINFOROSA.

ROSA. (Escuchando.) Ya cierra la puerta... (Acercándose á la puerta del fondo.) Ya se fué... Voy á librarlos de sus garras... (Reflexionando.) El viejo está bien allí. (Abriendo la puerta de la izquierda y llamando.) ¡Señor Silvestre! ¡Señor Silvestre!

CAND. (Entreabriendo la puerta.) ¿Puedo pasar?

ROSA. (Contrariada.) No es á usted á quien llamo.

CAND. (Con una carta en la mano.) Me he permitido escribir á la señora Baronesa... hablándola del recibimiento que ha hecho usted á su hijo...

SILV. (Entra por la izquierda con una servilleta al cuello, una navaja de afeitar en la mano y la cara llena de jabon.) ¿Podré yo encontrar agua caliente?...

CAND. (Indignado.) ¡Se está afeitando!

ROSA. ¿Pero qué es esto?

SILV. He encontrado en este cuarto jabon y un espejo... me he acordado de que era sábado y de que tenia una navaja de afeitar en el bolsillo...

ROSA. Qué inocencia... tan... tan... tan...

SILV. Parece usted un reloj de cuco...

CAND. Señora, dispénsele usted... por mas que he querido enseñarle mis maneras...

ROSA. Desde hoy en adelante tendrá otro maestro...

CAND. ¿Quién?

ROSA. ¡Yo!

SILV. ¡Qué gusto!

SINF. (Entrando por el fondo.) Señora... ¡Don Leon! que vuelve

ROSA. ¡Santa Rita!... Pronto escóndanse ustedes...

CAND. ¿Otra vez?

SILV. Yo no quiero...

ROSA. ¡Quiere que le maten? Por aqui... (Le introduce en la puerta de la derecha.)

CAND. (¡Qué manera de recibir á las personas... hay en la córte!)

SINF. (Llevando de la mano á D. Cándido á la puerta de la izquierda.) ¡Silencio!

ROSA. (Tendiéndose en el sofá, á Doña Sinforosa.) Aplícame algo á

la nariz.

SINF. No tengo mas que mi tabaquera.

ESCENA IX.

D. LEON, DOÑA SINFOROSA, ROSA.

LEON. (Con un enorme ramillete en la mano.) Este ramito que me habia dejado olvidado en el coche...

ROSA. ¡Flores! ¡Cuando tengo una jaqueca horrible!...

SINF. Lléveselas usted al momento.

ROSA. ¿Quiere usted asesinarme?

LEON. Rosita, yo ignoraba... ¿Cómo se siente usted?

ROSA. Peor, mucho peor.

LEON. ¡Ah! La dejo á usted por un instante...

ROSA. (Con voz moribunda.) Has...ta... has...ta mañana... (Finge sacudimientos nerviosos.)

LEON. ¡Pobre chica! (Sale por el fondo: apenas desaparece cuando Rosa empieza á bailar.)

LEON. (Asomando la cabeza.) ¡Hola!

ROSA. (Fingiendo un ataque y arrojándose en brazos de Sinforosa.) ¡Ah! yo me muero...

LEON. Volveré con el médico.

ROSA. No... Déjeme usted... necesito reposo...

LEON. Si... si... (Furioso.) ¡Ah! estaba bailando... Se quiere burlar de mí...

ESCENA X.

ROSA, DOÑA SINFOROSA, D. CÁNDIDO, luego SILVESTRE.

CAND. (Entrando.) El pulso, señora, el pulso...

SINF. (Muy amable.) ¿Entiende usted de medicina?...

CAND. Un poco... En ausencia del herrador soy yo quien le sustituye...

ROSA. (Abriendo la puerta de la derecha.) Salga usted...

SILV. Ya me he afeitado.

CAND. ¿No podré yo poner la carta en el correo?...

ROSA. Si... que le enseñe á usted Sinforosa.

SINF. Venga usted... (Le lleva á la puerta del fondo.) Pase usted...

CAND. No, usted antes... (D. Cándido se decide á salir primero despues de muchas cortesias.)

ESCENA XI.

ROSA, SILVESTRE.

ROSA. Gracias á Dios que nos hemos quedado solos...

SILV. Si tiene usted alguna cosa que hacer... vestidos, calce-o ta... Á mí no me gusta incomodar.

ROSA. Al contrario, tengo mucho gusto en que hablemos... (Se sienta en el sofá.) Siéntese usted aqui... á mi lado... Mas cerca.

SILV. ¡Qué blando está! (Se sienta haciendo contorsiones de gusto.)

ROSA. Qué gordo está usted... Solamente en el campo se crian esos carrillos...

SILV. Me pesé una vez con un cerdo que se rifó en el pueblo y allá nos fuimos...

ROSA. (De repente.) ¿Hay señoritas en su pueblo de usted?

SILV. Si, el carretero tiene dos hijas...

ROSA. ¿Las hará usted la córte?

SILV. La una se acaba de destetar y la otra mama todavia...

ROSA. ¡Ah! Es una razon... ¿pero habrá otras mas grandes?

SILV. Si... el tio Mala-cara tiene dos hijas mozas... el campanero... uno á quien se le murió un burro el año pasado. ¡Hermosa criatura!

ROSA. ¡Qué lástima! ¿Y serán guapas?... ¿Tendrán novios?...

SILV. Es posible... Hay tantos brutos...

ROSA. Es verdad. Pero sepamos; cuando usted está cerca de una mujer... jóven... bonita... que le mira á usted... con cariño ¿no siente usted nada?

SILV. (¡Demonio! ¿Dónde está el tio Agua-Caliente?)

ROSA. ¿No experimenta usted nada en el corazon?

SILV. (Muy confuso.) Siento... siento... (¿Dónde está el tio Agua-Caliente?) (Se levanta y se dirige al fondo.)

ROSA. (Levantándose.) Vamos; no sabe usted ni ser galante...

SILV. ¿Qué quiere decir esa palabra?

ROSA. Ser fino... amable... con una señora... decirla lindas cosas.

SILV. ¿Cuáles, cuáles?

ROSA. Decirla... Yo la amo á usted... yo deliro por usted... yo quisiera morir abrasado por el fuego de sus ojos.

SILV. ¿Cómo se muere asi? ¿Enséñeme usted?

ROSA. ¿Es posible que á su edad no sepa usted estas cosas?

SILV. El tio Agua-Caliente ha creido que con el latin tenia bastante.

ROSA. En fin, para enternecerlas se exhala un hondo suspiro... Un suspiro no compromete á nada...

SILV. ¡Un suspiro!... (Suspirando brutalmente.) ¡Ay, ay!

ROSA. ¡Já, já!

SILV. ¡Ay, ay, ay!

ROSA. ¡Já, já, já!

SILV. ¿Y despues?

ROSA. Se la jura una fé eterna... Se aprovecha un descuido y se la coge una mano...

SILV. Qué bestias son en el pueblo... no haberme enseñado nada de eso. (La coge la mano.) ¡Qué suave!...

ROSA. En Madrid se instruiria á usted fácilmente...

SILV. ¿Y despues?

ROSA. Se cae de rodillas á sus plantas... Se suspira de nuevo...

SILV. (Cayendo de rodillas.) ¡Ay, ay, ay!

ROSA. Bien... asi me gusta. Para agradarla del todo... aun falta otra cosa.

SILV. ¿Cuál?

ROSA. Se la dá palabra de matrimonio.

SILV. ¿Le preguntaré al tio Agua-Caliente cómo se hace eso?

ROSA. Despues el novio se compra zapatos de charol...

SILV. ¡Me los compraré!

ROSA. Luego... se pone guantes.

SILV. Aqui los traigo... pero como no me los sé meter...

ROSA. Es necesario tambien peinarse... Su cabeza de usted parece un matorral... En medio de esa cabeza hay una raya... (Toma un batidor.) Venga usted acá. (Le saca la raya.)

SILV. (Con pasion.) ¡Péineme usted... péineme usted toda la vida! Me hace usted unas cosquillas...

ROSA. No se mueva usted... Vamos, ya está usted mejor. Ahora le falta á usted un lente en el ojo.

SILV. ¡Un lente!

ROSA. Si... un pedacito de cristal que se tenga solo. (Acercándose al velador.) Aqui hay uno: tome usted. (Se le pone en el ojo.)

SILV. Pero esto se me cae... Necesito que me le claven ó un cordon...

ROSA. Si, un cordon es mas fácil... Voy por él: espere usted

un momento. (Entra por la derecha.)

ESCENA XII.

SILVESTRE, despues LUISA.

SILV. ¡Qué cosas aprende uno en Madrid!... Voy á hacer todo lo que me mande á ver si me quiere. En cuanto salga á la calle me voy á comprar un reloj de cú, cú, para el alfiler de la pechera.

LUISA. ¡Rosa!

SILV. ¡Ah! la señora que estuvo aqui antes. Voy á contarle lo que me pasa. .

LUISA. ¿Cómo tan solo?...

SILV. ¿No sabe usted lo que me sucede?

LUISA. Si usted no me lo cuenta...

SILV. La señora Rosa me ha enseñado á amar... he suspirado mucho á sus pies, y en cuanto venga el tio Agua-Caliente la voy á dar palabra de matrimonio...

LUISA. ¿De veras? (¡Qué mujer mas ambiciosa! Que se contente con el americano, que desea casarse... ¡Y yo que venia con proyecto de convertir á este bárbaro en mi novio!... Pues poco he de poder ó deshago este enredo...)

SILV. ¡Qué silenciosa se ha quedao usted!...

LUISA. Si, porque me interesa usted mucho, y me ha causado mucha pena lo que me acaba de decir.

SILV. ¿Por qué? Pues dónde hay fortuna como la de casarse con una señorita tan mona... que parece de azúcar piedra?

LUISA. Es que esa señorita no puede casarse con usted...

SILV. ¡Que no puede!... ¿No es una mujer?

LUISA. Si; pero está para casarse con otro...

SILV.. ¿Con quién? Dígame usted su nombre, y le deslomo.

LUISA. Con ese caballero que les ha obligado á usted y á su preceptor á ocultarse tantas veces...

SILV. ¡Calla! ¿Y eso de habernos ocultao habrá sido para que no nos vea?

LUISA. ¿Quién lo duda? Como que de un momento á otro vá á celebrarse la boda...

SILV. ¡Vaya una partía! Y entonces ¿por qué me ha hecho suspirar y me ha sacado la raya...

LUISA. Por divertirse con usted.

SILV. Eso es, como si yo fuera una funcion de títeres. Pus en cuanto yo la vea... yo la diré... Mire usted no haga lo que con Geroma la pavera...

LUISA. No, señor, todo al contrario: disimule usted como si tal cosa supiera... Es menester que haga usted el diplomático...

SILV. ¿El diplomático? ¿Y cómo se hace eso?

LUISA. Fingiendo que se deja usted engañar para engañarla á ella.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ROSA, D. CÁNDIDO.

ROSA. (Que ha oido las últimas palabras.) ¿Á quién se trata de engañar?

LUISA. Á nadie.

ROSA. (Con ira.) He oido las últimas palabras y todo lo comprendo. ¿Tratas de hacer fortuna? Juega á la loteria...

LUISA. Como á tí te gustan los gansos, imaginas...

ROSA. Al fin racionista silbada...

LUISA. Al fin pupila sin dote.

CAND. (Interponiéndose.) Señoras, Ciceron dice...

ROSA. Me harás un favor en no volver á poner los pies en mi casa.

LUISA. Es verdad... porque esta es una casa de fieras. (¡Ah! yo me vengaré: voy á contárselo todo al americano, y buena se vá á armar.) (Sale por el fondo.)

CAND. (Á Silvestre.) ¿Qué dice usted á esto?

SILV. Yo soy diplomático.

ESCENA XIV.

SILVESTRE, D. CÁNDIDO, ROSA, luego DOÑA SINFOROSA.

CAND. (Con el sombrero en la mano.) Señora, yo soy de opinion que debemos volvernos inmediatamente al pueblo.

SILV. Usted puede marcharse cuando guste: yo me quedo.

CAND. ¿Qué vá usted á hacer solo... sin latin?

SILV. Soy diplomático, y estoy preparando una intriga.

SINF. (Entrando precipitadamente.) Un coche acaba de parar á la puerta de casa.

ROSA. (Levantandose.) ¡Un coche!

SILV. ¡Don Leon! no cabe duda.

ROSA. ¡Ah! es preciso que vuelvan ustedes á ocultarse.

SILV. Se equivoca usted. Deseo encontrarme cara á cara con ese señor para arrancarle los gañotes.

ROSA. ¡Jesus! ¿Y por qué?

SILV. Porque se quiere casar con usted. ¿Pues osté cree que yo me mamo el dedo?

ROSA. Le han engañado á usted miserablenente. Venga usted conmigo... pronto... Yo le explicaré... todo.

SILV. Que no me voy.

ROSA. (Cagiéndole de la mano.) Venga usted, ó no vuelvo á mirarle en la vida.

CAND. ¡Ah! señor Baron... en qué honduras nos vamos metiendo. (Rosa se lleva á Silvestre.)

SINF. (Á D. Cándido.) Ya no hay tiempo de que usted huya... (Dándole la librea.) Póngase este traje... pronto... yo se le regalo.

CAND. Señora... mi pudor...

SINF. Encima del suyo... Su vida de usted está en peligro si no pasa usted por lacayo...

ROSA. Ya está ahí... (Dándole una servilleta á D. Cándido.) Limpie usted esa silla... (D. Leon aparece en el fondo. Doña Sinforosa sale por la derecha.)

ESCEÑA XV.

ROSA, D. LEON, CÁNDIDO, despues SILVESTRE, luego DOÑA SINFOROSA.

LEON. (Receloso. Á Rosa que entra.) ¿Segun parece está usted mejor? Me he encontrado á Luisa...

ROSA. Si, estoy mas aliviada.

CAND. (Turbado.) Si, está mejor.

LEON. (Volviéndose.) ¿Quién es este hombre?

CAND. (¡Ya me ha visto!)

ROSA. El nuevo criado... Como despidió usted á Domingo...

LEON. Es verdad. (Á D. Cándido.) ¿De dónde eres?

CAND. (Asustado.) Gallego... de Galicia.

LEON. ¿De qué pueblo?

CAND. De... Alcalá de Henares.

LEON. Bien. ¿Qué edad?

CAND. Sesenta años.

LEON. Estatura.

CAND. Cuatro pies...

ROSA. (Á D. Cándido.) ¡Tomás! una silla... ¡Tomás! ¿Está usted sordo?

CAND. (Dándole una silla.) ¡Ah! se me olvida mi nombre...

LEON. (Receloso.) ¿Y cómo es eso?

CAND. Como hace tantos años que me le pusieron... en la pila...

LEON. Es verdad. (Reparando en el sombrero de D. Cándido que está en el sofá.) (¿Un sombrero sin librea?)

ROSA. ¿Qué mira usted?

LEON. (¡Aqui habia un hombre!) (Mirando con desconfianza á Don Silvestre) (Ese aire embarazoso...) (Llamándole.) ¡Chist! Tomás... (Luisa me ha dicho la verdad.)

CAND. (Acercándose.) ¡Señor!

LEON. Quieto. (Le pone el sombrero en la cabeza.) ¡Ah! ¡no le entra! ¿De quién será? ¿Dónde se habrá ocultado? (Se dirige á la puerta de la derecha.)

ROSA. ¡Dios mio! se le vá á comer. (Silvestre entra por la derecha vestido de cocinero, con traje blanco, gorra de lienzo y una fuente en la mano.)

SILV. (Colocándose delante de D. Leon.) Macarrones, señor, macarrones.

CAND. ¡Ah! (Silvestre mira estupafacto á D. Cándido, que le contempla del mismo modo.)

LEON. (Admirado.) ¿Quién es este hombre?

ROSA. (Con frescura.) El cocinero... que vino ayer...

LEON. (Á Silvestre.) ¿Cómo te llamas?

SILV. ¡Alcachofa! (Le hace una cortesia.)

CAND. (Qué nombre tan propio del oficio.)

LEON. Quítate la gorra. (Silvestre obedece. Le prueba el sombrero.) Tampoco le viene.

SILV. Como que no es mio.

LEON. (Furioso.) ¡Pues este sombrero no ha venido solo! Aqui hay alguna intriga... (Á Rosa.) Ha llegado el momento de realizar mi plan. Haga usted sus preparativos, porque partimos de Madrid.

ROSA. (Levantándose.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Y adónde?

LEON. Ya lo sabrá usted mas tarde. (Llamando.) ¡Doña Sinforosa! ¡Doña Sinforosa! (Sinforosa entrando por la derecha.) Señor....

LEON. Pronto, las maletas... el equipaje...

SINF. ¿Ahora mismo?...

LEON. (Furioso.) ¡Nada de observaciones! Ahora.

SINF. ¡Allá voy! (Quién le resiste hoy.)

ROSA. ¿Pero está usted loco? ¿Qué barbaridad es esta?

LEON. (Designando á D. Cándido.) Me llevo á este hombre...

CAND. Permítame usted.,.

LEON. Nada de observaciones. (Designando á Silvestre.) Tambien me llevo á este.

SILV. (¡Qué gusto! me voy con ella.)

ROSA. Pero esta es la trata de blancos...

LEON. Nada de observaciones. Me llevo tambien el sombrero...

SINF. (Entrando con las maletas.) ¡Yo ya estoy!

ROSA. Deje usted eso... Yo me sublevo contra esta violencia... Yo no me muevo...

LEON. (Teniendo en la otra mano el sombrero.) Señora, yo necesito buscar por todo el mundo la cabeza de este sombrero... Mi deber es velar por la honra de usted... Madrid está lleno de peligros... Una silla de postas nos espera en la puerta... Si usted no me sigue me la llevaré á la fuerza. La ley me autoriza á ello. Vamos... ¿Qué decide usted?...

ROSA. Que en ese caso sucumbo á la trata en blancos.

LEON. ¡Todos en marcha!...

ROSA. (Con timidez.) ¿Y se puede saber dónde vamos?

LEON. ¡Por ahora á América!

TODOS. ¡Á América!

CAND. ¿Y mis patatas?... Pero señor...

LEON. Nada de observaciones.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un jardin. Á la derecha en primer término una cocina con una puerta que se abre hácia el teatro y una ventana que dá frente al público: al pie de la ventana un banco de piedra. Á la izquierda, en primer término, un pabellon practicable, con unas cuantas gradas; un poco mas allá un pozo. Sillas de hierro. En el fondo una verja con cancela, que atraviesa el teatro.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁNDIDO, luego D. PEDRO.

(D. Cándido vestido de lacayo y dando lustre á unas botas.) ¡Maldito betun! Esto no quiere relucir... (Frota con furor.) Un maestro de escuela... un profesor... un latino... reducido á la situacion de limpiar botas... y á comer en la mesa de los criados!... Verdad es que no hay mas criado que yo y el señor Baron... Despues de todo no debo quejarme, porque al fin al cabo no hemos emprendido el viaje á América... Hénos aqui hace ocho dias en Málaga, esperando el vapor... Encerrados en esta casa, ni podemos comunicarnos con nadie, ni salir... vigilados por ese bárbaro americano, que se ha convertido en nuestro carcelero. ¡Qué hombre! todavia sigue buscando la cabeza del sombrero... Afortunadamente el vapor tardará en salir algunos dias y dará lugar á que llegue el futuro yerno del Baron, á quien escribí el mismo dia en que llegamos, contándole lo que pasa y suplicándole

que venga á sacarnos de las garras de este indio bravo... Hoy le he vuelto á escribir... (Sacando un sello de cuatro cuarto.) ¡Ah! se me olvidaba poner el sello.

ESCENA II.

DICHO, D. LEON.

LEON. (Saliendo del pabellon de la izquierda, con el sombrero en la mano.) ¡Tomás!

CAND. ¡Señor!

LEON. ¿Tú eres un hombre honrado?

CAND. Señor, he enseñado treinta años gramática latina.

LEON. ¿Y has tenido discípulos!

CAND. Si, señor... uno, sobre todo, brillante.

LEON. ¡Qué atraso el de los pueblos de Europa! ¡Hay todavia quien se ocupa en aprender latin!

CAND. (¡Qué hombre tan americano!)

LEON. En fin, tu profesion es una garantia de tu ignorancia, y tu ignorancia un indicio de tu probidad.

CAND. Pues vaya una lógica...

LEON. ¿Lógica has dicho? ¿Tambien circula por aqui esa palabra? Ya no me extraña que ande tan poco dinero. Desgraciados de nosotros si la lógica hubiese llegado al sur de América! La trata de negros, el enganche de filibusteros, todos nuestros grandes negocios hubiesen fracasado. No hablemos mas de esto. Tengo que confiarte una mision secreta...

CAND. ¡Tanto honor!

LEON. Ya sabes que la violencia de mi carácter me ha obligado á encerrar en una silla de postas á esa mujer á quien adoro. Mi objeto al sacarla de Madrid fué librarme del hombre cuya cabeza entraba en este sombrero.

CAND. Todo lo comprendo; pero si usted hubiese aprendido latin hubiese obrado con mas calma... El latin enfria las pasiones.

LNON. Bien, no me interrumpas. Yo tenia sospechas de que e hombre habia venido con nosotros... Esas sospechasl acaba de confirmármelas Luisa...

CAND. ¡Luisa!

LEON. Si, la amiga de Rosita... que se encuentra en Cádiz. Ella fué quien me reveló la intriga de Madrid: de acuer

do conmigo ha emprendido este viaje para ayudarme á descubrir á ese rival infame... Luisa es una mujer de travesura y de confianza. Dos horas lleva en Cádiz y ya me ha escrito tres cartas haciéndome nuevas revelaciones sobre algunas de las personas que me rodean.

CAND. Señor, yo soy preceptor de latinidad... Nadie puede poner en duda...

LEON. No se trata de tí, sino del cocinero...

CAND. ¡Del cocinero!

LEON. Si; me consta que es un personaje disfrazado de cocinero.

CAND. Es posible: ¡hay tantos cocineros disfrazados de personajes!

LEON. Luisa necesita tener una entrevista con ese personaje misterioso...

CAND. ¡Una entrevista!

LEON. De la cual ha de resultar el descubrimiento del miserable á quien ama Rosita... La entrevista se verificará dentro de una hora... Tú abrirás á Luisa cuando se presente... y cuidado con que dejes entrar á otra persona. Toma la llave; tu vida depende del uso que hagas de ella. ¡Ah! tambien abrirás á un negro á quien espero hoy...

CAND. Descuide usted, señor. (D. Leon entra en el pabellon.)

ESCENA III.

D. CÁNDIDO, luego D. PEDRO.

CAND. ¡Qué enredadora me parece á mí esta señora Luisa! ¿Qué tendrá que decirle al señor Baron?

PED. (Desde la cancela.) ¡Don Cándido!... ¡Don Cándido!...

CAND. ¿Quién me llama? ¡Qué miro!... ¡Se me figura que es don Pedro, el futuro yerno del Baron!...

PED. ¡Soy yo!... ¡Don Pedro!...

CAND. (Acercándose.) Yo bien decia... ¿Cómo está usted, mi señor don Pedro?... Al fin le veo... ¿Y mi señora la Baronesa? ¿Y mis patatas? ¿Y mis conejos?

PED. Los conejos, buenos... se ocupan en comerse las patatas.

CAND. ¡Infames! ¡qué falta de consideracion!

PED. He recibido su carta de usted y vengo todo alarmado...

¡Aqui estan tambien la Baronesa y mi hija!

CAND. ¡Ah! ¡cuánto me alegro!

PED. ¿Pero es posible que no se pueda entrar en esta casa?

CAND. De ningun modo.

PED. ¿Pues quién tiene la llave de esta puerta?

CAND. Yo; pero no puedo, so pena de la vida, abrir mas que á una persona... Si usted fuera negro...

PED. (¿Si yo fuera negro?... ¡Ah, qué idea!) Yo necesito hablar contigo un instante de puertas adentro.

CAND. Dígame usted lo que guste, pero de puertas afuera.

PED. ¡Pero, hombre, si son dos palabras!...

CAND. Ni una; y hable usted mas bajo, porque si llega á verle don Leon le hace á usted cuartos .. se le come crudo.

PED. Pues bien; sepa usted que yo he descubierto un medio ingenioso de penetrar en la casa, y antes de una hora estaré aqui con toda la familia.

CAND. Mucho lo dudo.

PED. Ya lo verá usted... Primero me presentaré yo solo, y vengo á advertirle que sea cual sea la forma en que me vea, ni se sorprenda usted, ni me descubra...

CAND. ¿Pero qué piensa usted hacer?

PED. Hasta luego. (Váse. Silvestre aparece por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. GÁNDIDO, SILVESTRE, luego DOÑA SINFOROSA.

SILV. (Con un pollo en la mano á medio pelar, vestido de cocinero. Trae el aire muy melancólico, y puesta la mano en el corazon exhala un enorme suspiro.) ¡¡Ay!! ¡Yo la amo!... ¡Yo me la comeria viva!...

CAND. Mas bajo...

SILV. ¿Por qué?...

CAND. ¿Quiere usted que nos asesine?

SILV. No tema usted nada, tio Agua-Caliente... ¡Amor, misterio y cocina!... hé aqui mi divisa. (Suspirando.) ¡Ay! ¡He soñado con ella toda la noche!... Mi divisa me salvará.

CAND. Tambien ponen divisa á los toros antes de matarlos.

SILV. ¡Qué sueño! Echado á sus pies la besaba las zapatillas...

CAND. Señor Baron, tengo una buena noticia que darle... Nuestro cautiverio vá á cesar... Don Pedro y su mamá

de usted estan aqui...

SILV. Todo me es indiferente. (Sentándose en el banco y pelando.) ¡Pelar!... ¡Pelar para ella... es casi la dicha!

CAND. (Tomando las botas y colocándose á su lado.) (¡Qué lástima de jóven!) ¿Es decir, que usted no quiere volver al seno de su familia?

SILV. Agua-Caliente, no me hable usted... Usted no tiene tres cuarterones de poesia en el corazon... Jamás comprenderá usted el amor...

CAND. (Furioso.) Lo que yo comprendo es que limpio botas, y que esto me fastidia...

SILV. Yo hago de cocinero.

CAND. Di mejor de envenenador... Con cada plato nos das un nuevo susto... Ayer en los pollos que debias guisar con arroz, ¿qué hiciste?

SILV. Eso le pasa á cualquiera... Me equivoqué, y en vez de arroz los guisé con uvas y ciruelas...

CAND. Y como en el cocido, en vez de agua echaste tambien leche y vinagre, nos dejaste sin comer...

SILV. (Levantándose.) Y bien... ¿eso qué prueba?

CAND. Que para cocinero de un ejército marroquí no tienes precio.

SILV. Eso prueba que el dios del amor me ha roto la cabeza con su arco... que tengo aquí una hornilla... (Señalando al corazon.) que la amo... que la respiro y la aspiro y la huelo por todas partes... Yo recojo las migas de su pan para comérmelas... Yo me como tambien las hojas de las flores que se pone en la cabeza... Ya solo me falta tomar por rapé el polvo de sus zapatos.

CAND. ¡Desgraciado!

SILV. ¡Ah! ¡Si supiera usted en qué me ocupo desde ayer!

CAND. ¿En qué, desventurado impúbero?

SILV. ¡En buscar una salsa digna en que guisar un par de guantes que ayer se dejó olvidados!

CAND. ¿Y piensas darnos á comer ese plato?

SILV. ¡Qué mas quisiera usted!... Ese es un plato favorito, que guardo para mí solo. En medio de los bosques, uniendo mis suspiros á los rugidos de los animales, me chuparé los dedos saboreando mi felicidad.

CAND. (Levantándose.) No hablemos mas de semejantes locuras... (Sacando su enorme reloj.) Las nueve. ¿Quiere usted dar su leccion de latin?

SILV. (Á sí mismo.) ¡Pan negro y su corazon!...

CAND. Vamos, nada mas que un verbo deponente.

SILV. Déjeme usted... Yo no quiero leer mas que el Arte de cocina y los Misterios de Paris...

CAND. El latin enfria las pasiones...

SILV. Quiero estar solo... Vaya usted á llevar las botas á nuestro tirano... Ha llamado ya dos veces...

CAND. Á la tercera me apalea... Voy corriendo. (Entra en el pabellon con las botas.)

ESCENA V.

SILVESTRE, despues D. LEON.

SILV. Ya se ha marchado... Es menester que me oiga Rosita. (Saca de debajo del banco un figle.) La música las fieras domestica. (Sopla furiosamente formando un ruido desapacible.)

LEON. (Desde dentro.) ¡Voto á mil cajas de tabaco!...

SILV. (Ocultando su figle, tomando el pollo y sentándose.) Me ha oido ese bruto...

LEON. (Saliendo con el sombrero de D. Cándido en la mano.) ¡Alcachofa!...

SILV. Señor...

LEON. ¿Qué estás haciendo?

SILV. Pelar... pelar...

LEON. ¿Qué ruido es ese? Qué demonio de música...

SILV. Es un ruiseñor...

LEON. ¡Un ruiseñor! ¡Imbécil! te voy á hacer hablar. (Le amenaza.)

SILV. Nada de amenazas...

LEON. (Serenándose.) Es verdad... se trata de un blanco... Afortunadamente espero hoy mismo un negro, y entonces... Dí, es tambien el ruiseñor el que coloca todas las noches ramos de flores en las ventanas de Rosa?

SILV. Yo no sé... yo pelo... yo pelo...

LEON. (Sacando un papel de su bolsillo.) Y estos versos que he encontrado esta mañana en su tocador ¿de quién son?

SILV. (¡Mis versos!)

LEON. (Leyendo.) «La amo á usted extraordinariamente. Ámeme usted, señora Rosa sin espinas, igualmente. Esto es demasiado... Estos versos son una barbaridad.

SILV. (Hay que perdonarle... como es extranjero no conoce el

mérito.)

LEON. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah, ya caigo! Esta música, estos ramos, estos versos son del hombre cuya cabeza entraba dentro de este sombrero. El infame nos ha seguido; pero yo conservo su sombrero, y como caiga en mis manos... ¿Hácia qué lado cantaba el ruiseñor? (Á Silvestre.)

SILV. Á mano izquierda, señor.

LEON. (Anda sin duda por los alrededores de la casa... voy á verlo.) (Desaparece.)

SILV. (Levantándose y viendo que se aleja.) Busca, búscale fuera... el pájaro está dentro. (Vuelve á tomar el figle y á soplar con gran furor.)

LEON. (Fuera.) ¡Ah, tunante!...

SILV. (Ocultando el figle.) ¡Me ha cogido!...

LEON. (Entrando con recelo.) ¿Qué haces.?

SILV. Pelar, señor, pelar...

LEON. ¿Has oido la música?

SILV. Si, señor, á mano derecha...

LEON. (Se me figura que este hombre... Pero quiá!... Voy á dar una vuelta á la casa, y como le encuentre...) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

SILVESTRE, despues ROSA.

SILV. Pasea, pasea... Que no pisaras una mata de perejil... Dicen que esto trae siempre desgracias...

ROSA. (Apareciendo en el dintel del pabellon.) ¿Está usted solo?

SILV. Si... acaba de irse... el salvaje de América.

ROSA. (Pero ha quedado el de España.) He oido su música de usted y vengo á verle..

SILV. (Poéticamente.) ¡Ah! su presencia de usted me causa el mismo placer... que la perdiz que aparece cuando el cazador la espera con la escopeta en la mano.

ROSA. Me gusta la comparacion. ¿Empieza usted ya como ayer con sus frases y comparaciones? Está usted desconocido... Hace un mes no sabia usted ni saludar y ahora habla usted por los codos.

SILV. Todo lo hace el amor... ó la pata de cabra. Por amor paso todo el dia en la cocina guisando para usted...

ROSA. Si... pero mi sacrificio es mayor... puesto que cómo lo que usted guisa.

SILV. (Poéticamente.) ¡Ah! Rosita, se parece usted á esas hermosas tardes de otoño... en que se merienda dos veces...

ROSA. Y usted á uno de esos inviernos en que nieva mucho... Pero hablemos de otra cosa... Tengo un proyecto que comunicar á usted.

SILV. Y yo otro.

ROSA. Hablemos del mio primero. La situacion en que usted se encuentra no puede continuar... Si mi tutor llega á descubrir que usted no es lo que parece...

SILV. Yo no le tengo miedo. Si usted me hubiera visto en el monte frente á frente de un jabalí.

ROSA. Bien, si usted no tiene miedo, yo si, y es preciso que usted salga de casa.

SILV. Eso es, quiere usted que me vaya... que no la vuelva á ver... Ya comprendo la razon... Luisa me dijo la verdad...

ROSA. Es que saliendo de casa puede usted verme con mas frecuencia que antes, si es que me quiere como dice...

SILV. ¡Cómo!

ROSA. Fácilmente. Cuando un jóven se enamora de una señorita... no se disfraza de cocinero... Pero usted no me ama.

SILV. No diga usted eso, porque me dan ganas de llorar. ¿Qué quiere usted que haga?

ROSA. Escribir á su mamá de usted... Vestirse de caballero... Pedir mi mano en matrimonio á mi tutor.

SILV. ¿Y si no me la quiere dar?

ROSA. No tenga usted cuidado. Vamos, para hacer todo esto es menester salir de aqui en seguida.

SILV. Pero si todas las puertas estan cerradas.

ROSA. Se equivoca usted. Don Cándido tiene la llave de la del jardin... Pídasela usted, y si la niega se la quita usted. Una vez fuera de aqui, déjese guiar por mí.

SILV. Si, como un buey por...

ROSA. No compare usted nunca.

SILV. Pues bien, nos escaparemos.

ROSA. Todavia tengo que preguntarle á usted otra cosa.

SILV. ¿Me vá usted á examinar de doctrina?

ROSA. Dígame usted ahora su proyecto.

SILV. Ese es un secreto. Me he metido á diplomático.

ROSA. Pues si no me revela usted ese secreto, no hay nada de lo dicho.

SILV. ¿Con que quiere usted saber mi plan?

ROSA. Lo exijo.

SILV. Pues mi plan es librarme de ese hombre.

ROSA. ¡Librarse de ese hombre! ¿Y cómo?

SILV. Siendo su cocinero.

ROSA. ¡Ah! ahora comprendo esos guisos que hacen estremecer... Pero como comemos juntos todos corremos el mismo peligro.

SILV. No, hoy almuerza él solo, y ya verá usted la que le preparo.

ROSA. Es usted delicioso. (Se quita los guantes.)

SILV. ¿Se quita usted los guantes? ¡Ah! démelos usted.

ROSA. (Dándoselos.) ¿Para qué?

SILV. ¡Tengo un gran pensamiento! (En cuanto reuna quince pares, ¡qué fritada!)

ROSA. (Levantándose.) ¿No sabe usted una cosa? Hoy es mi santo.

SILV. ¿Usted se llama Rosa? Entonces hoy debe ser... San... San... San...

ROSA. ¡San Silvestre! ¡Y con tal motivo no le ocurre á usted nada que decirme!

SILV. Que los tenga usted muy felices, en compañia de sus padres y de todas aquellas personas á quienes mas aprecie.

ROSA. ¿Nada mas?

SILV. Si me lo hubiera usted dicho antes... la hubiera preparao á usted unos versos.

ROSA. ¡Dios me libre! En su pueblo de usted no bailan los novios con las novias en el dia de sus dias?

SILV. Si, señora...

ROSA. Pues bien, ahora que está fuera nuestro carcelero vamos á bailar un wals...

SILV. Yo no sé bailar... como no me dé usted una leccion...

ROSA. Una leccion es una cosa muy pesada... ¿No se atreve usted á bailar de repente? Vamos, venga usted acá...

SILV. (Acercándose.) ¿Cómo pongo los brazos?

ROSA. Alrededor de mi cintura... (Los pone.) Asi... apriete usted mas...

SILV. Que cinturita tiene usted... Parece...

ROSA. No compare usted... tengo miedo á sus comparaciones...

Prepárese, usted que vamos á empezar...

SILV. ¿Pero qué hago con las piernas?

ROSA. Dejarse llevar por mí.

ESCENA VII.

DICHOS, D. CANDIDO, entrando con una banasta de leña al hombro.

SILV. Á tiempo llegas... (Dándole el figle.) Toca, que vamos á bailar.

CAND. ¿Y qué toco?

SILV. El himno de Riego. (D. Cándido sopla furiosamente: Rosa y Silvestre bailan un momento.)

CAND. ¡Ah! Don Leon... (Huyendo con el figle tropieza y cae. Levantándose.)

ROSA. (Riendo.) El arriero detrás del burro... (Huye hácia la izqnierda bailando.) Trala lá... (Á Silvestre.) Ya continuaremos...

SILV. (Huyendo á la cocina.) Hasta que yo me derrita como la manteca...

CAND. ¡Ah! juventud... ¡qué jóve n eres!

ESCENA VIII.

D. LEON, LUISA, vestida de viaje.

LEON. ¿Pero está usted segura de lo que me dice?

LUISA. Segurísima. Yo soy su mejor amiga de usted... El hombre de ese sombrero le tiene usted dentro de su casa, no le quepa á usted duda.

LEON. ¿Pero dónde está?... yo le busco por todas partes y no le encuentro.

LUISA. Déjeme usted permanecer en su casa y verá usted cómo parece.

LEON. Pero lo que yo no me explico es ¿por qué tiene usted tanto empeño como yo en que parezca?... ¿por qué ha emprendido un viaje desde Madrid con ese solo objeto?

LLISA. ¿Usted me dá su palabra de guardar secreto?

LEON. La doy.

LUISA. Ese hombre es un conspirador... su cabeza se paga á precio de oro... hay un gran interés en descubrir su paradero...

LEON. Bien; pero usted ¿qué tiene que ver con los conspiradores?

LUISA. ¿Qué tengo que ver? Don Leon, las circunstancias obligan á todo... Soy de la policia secreta.

LEON. ¡Ah!... todo lo comprendo. Verificaremos juntos un registro, y ante todo voy á cerrar la puerta. (Váse.)

ESCENA IX.

LUISA, luego SILVESTRE.

LUISA. Pues señor, ya he logrado colarme... Ahora falta descubrir dónde está Silvestre...

SILV. (Abriendo la ventana de la cocina y echando claveles en la sarten.) Echemos algunos claveles en la tortilla... y mucho perejil... Buena indigestion le espera.

LUISA. (Llamando.) ¡Silvestre!... ¡Silvestre!...

SILV. (Saliendo.) ¿Usted aqui? ¿Cómo ha logrado usted entrar?

LUISA. Ya hablaremos de eso: lo que interesa es que sepa usted que vengo desde la córte solo por verle... por salvarle...

SILV. ¡Por salvarme!... Me dan ganas de tener miedo... ¿Estan cerca los moros?

LUISA. Está usted cercado por todas partes de peligros.

SILV. ¿De peligros?

LUISA. Si; don Pedro Trápala, un amigo de su mamá de usted, me ha enterado, sin saber quién yo soy, de un proyecto infernal que tiene sobre usted... Ahí está con su mamá de usted desde ayer... ¡Qué hombre!

SILV. ¿Qué trata de hacer conmigo?

LUISA. Casarle á usted con su hija: una loca, fea y pobre, entregada á la poesia romántica. Don Pedro es un petardista arruinado, y de lo que se trata es de llenar su bolsillo con las onzas de usted... Su mamá de usted, que es una buena señora, ha caido en el lazo, y es menester que usted se libre á lo menos de él.

SILV. Vaya si me libraré: pues no faltaba mas sino que mi hacienda sirviera para pagar trampas de otro.

LUISA. Anda buscando un medio de entrar en la casa, y en cuanto le halle considérese usted casado.

SILV. Ó no. Pues qué, ¿todas las piezas que se apuntan se

matan? Le digo á usted que voy yo abriendo mucho el ojo, y que me canso ya de ser juguete de todo el mundo. Que venga cuando quiera... De un trompis acabo yo con todos sus proyectos. Ya sabe usted que soy diplomático...

LUISA. Pues aun no le he dicho á usted el peligro mayor.

SILV. ¿Otro?

LUIS. Rosa es una pobre... ha indagado que el americano es todo ruido y bambolla . le gusta mucho Madrid y le asusta un viaje á América, y quiere salir de apuros con el lugareño, como ella dice.

SILV. Eso no puede ser... Rosita me ama...

LUISA. Cuanto le acabo á usted de decir lo ha escrito á Madrid á sus amigas. Aqui tengo las cartas...

SILV. ¿Pero qué es esto? ¿Soy yo loteria, caja de ahorros ó cerdo en rifa que todo el mundo quiere echar su papeleta? Don Pedro por un lado... Rosita por otro... ¡Voto al chápiro! ¿Y usted qué quiere?

LUISA. Á mí no me mueve mas interés que el que me inspira todo el que vá á ser engañado.

SILV. ¡Ah! con que usted es muy buena... ¿Usted no tiene deudas?

LUISA. ¿Quién vive sin ellas? Pero pienso pagarlas con mis ahorros.

LEON. (Dentro.) ¡Silvestre!

LUISA. ¡Ah! ¡Don Leon! no quiero que me vea... Ocúlteme usted en cualquier parte. Vamos á la cocina, que tenemos mucho que hablar todavia. (Vánse juntos.)

ESCENA X.

D. LEÓN, luego D. CÁNDIDO. Durante esta escena se vé á Silvestre por la ventana mover las cacerolas.

LEON. Antes de cerrar la puerta de la casa he registrado el portal y no he encontrado mas que á un aguador... Le he probado el sombrero y no le viene. Con que decia usted, Luisa... (Mirando alrededor.) Pero no está... Se ha ido sin duda... ¿Pero adónde?... ¡Tomás! ¡Tomás!

CAND. (Aparece.) ¡Señor!

LEON. ¿Has visto á una señora con traje de camino?

CAND. No, señor.

LEON. ¡Cómo! ¡si estaba aqui ahora mismo!... ¡Tú me engañas! (Amenazándole.)

CAND. (Me vá á matar si no contesto.) Diré á usted... una señora en traje de camino la he visto dirigirse al jardin; pero al marcharse me dijo... que esperara usted en el pabellon. (¡Vaya una mentira!)

LEON. Bien. Oye, Tomás, con atencion... Tengo que comunicarte un proyecto...

CAND. ¡Cáscaras!

LEON. (Sospechoso.) ¿Por qué has dicho cáscaras?

CAND. Señor... he dicho cáscaras... como podia haber dicho... ¡qué buen tiempo hace!...

LEON. (Á D. Cándido.) ¡Chist!

CAND. (Acercándose.) Señor...

LEON. Me ha ocurrido una idea... para cazar al hombre del sombrero... Voy á comprar cuarenta cepos de lobo.

CAND. ¡Cepos de lobo!

LEON. Unas máquinas de hierro... con un resorte de acero, que en cuanto mete uno un pié. . ¡zás!... se queda sujeto por la pierna.

CAND. ¡Los adelantos de la civilizacion!

LEON. Voy á llenar de cepos todos los alrededores de la casa.

CAND. ¿Y las piernas de los criados?

LEON. ¡Qué importa! Yo las abono...

CAND. (¡Qué bárbaro! Cree que se abona una pierna como un pagaré.)

LEON. Prepárate á partir inmediatamente á Sevilla.

CAND. ¿Con qué objeto?

LEON. Con el de comprar cuarenta cepos.

CAND. Voy en seguida. (Esto me proporcionará una entrevista con don Pedro.) (Váse por el fondo.)

LEON. (Llamando.) ¡Alcachofa!

SILV. ¡Señor! (Desde la cocina.)

LEON. ¡Mi almuerzo! ¡Pronto, pronto!

SILV. Allá voy. (Leon entra en el pabellon.)

ESCENA XI.

D. CÁNDIDO, despues SILVESTRE, luego ROSA.

CAND. ¡Cuarenta cepos de lobo!... Ya me veo llegar al señor don Pedro y quedar sujeto de una pata.

SILV. (Saliendo.) La tortilla del señor... (Le dá una fuente á Doña Sinforosa, que aparece en la puerta del pabellon.)

ROSA. (Llegando vivamente por la izquierda.) ¡Qué señas me hacia ese negro desde la calle!

CAND. Y SILV. ¡Un negro!

ROSA. Un negro que está asomado á la cancela del jardin... me ha querido hablar; pero me he escapado... (Mirando á Silvestre.) Á mí no me gustan mas que los blancos...

CAND. (Con sentimiento.) Mañana no andará nadie por aqui. ni blancos, ni negros...

ROSA. ¡Pues cómo!

CAND. Don Leon Tempestad, nuestro cocodrilo... va á llenar el jardin y las habitaciones de cepos de lobo...

ROSA. ¿Y qué es eso?

CAND. Unas máquinas de hierro con un resorte de acero, que en cuanto mete uno un pie... ¡zás! se queda sujeto por la pierna...

ROSA. Pero esa es la caza de animales...

CAND. Pues para nosotros los vá á poner...

SILV. Pus á mí como me llegue á cazar... (Gesticulando con ferocidad.) Le parto en tajás... le trincho... (Se hiere en la mejilla son el tenedor.) ¡Ay!

ROSA. (Corriendo á él.) ¿Se ha herido usted?

SILV. Me he trinchado una mejilla...

ROSA. ¡Pronto! ¡Tafetan inglés!...

CAND. No hay que apurarse... Aqui tengo yo lo que hace falta. (Saca del bolsillo el sello del franqueo y se le pone en la herida.)

ROSA. (Riendo.) ¡Un sello del franqueo!

SILV. (Riendo.) Si me echaran en el buzon... correria como una carta hasta mi pueblo... (Rie á carcajadas.)

ROSA. (¡Qué bestia es!... pero esa cualidad le hace mas recomendable.)

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA SINFOROSA, luego D. LEON.

ROSA. (Volviéndose.) ¿Qué ruido es ese?

SINF. (Saliendo del pabellon.) ¡Jesus! ¡Qué hombre!

ROSA. ¿Qué ocurre?

SINF. Cada vez mas salvaje... Apenas ha catado la tortilla... yo no sé qué ha encontrado que ha tirado la mesa rodando.

SILV. ¿Qué se me habrá olvidado? Puede que no haya puesto sal... (D. Leon sale del pabellon: Doña Sinforosa entra en él.)

LEON. (Furioso, con un látigo en la mano.) ¡Ah! ¡Tunante!... ¡La tortilla llena de claveles!

SILV. Es una tortilla á la *claveyot.*

CAND. (¡Desgraciado!)

ROSA. Dispénsele usted por esta vez...

LEON. ¡Claveles en el té... claveles en la sopa... claveles en el cocido... claveles en todas partes! ¿Te has propuesto envenenarme?

SILV. Diré á usted... Eso depende del pais... En Castilla se echa jamon...

LEON. (Levantando el látigo.) ¡No me contestes, miserable!

ROSA. (Interponiéndose.) ¡Ah!

SILV. (Retirándose.) No me toque usted... estoy franqueado.

CAND. ¡Es verdad! Está franqueado... pertenece ya á la administracion de correos.

LEON. (Exaltándose cada vez mas.) Es cierto... ¡Blancos! ¡Siempre blancos!... ¡Blancos por todas partes!... ¡Yo necesito un negro!... ¡Ah! Ya está ahí. (Mirando á la cancela.)

ESCENA XIII.

ROSA, SILVESTRE, D. CÁNDIDO, D. LEON, D. PEDRO TRÁPALA. D. Pedro entra por la cancela del jardin, pintado de negro. Trae una librea de criado.

LEON. (Al verle.) ¡Ah! ¡Hé aqui mi negro!... (Le coge por un brazo y le sacude tres ó cuatro latigazos.) ¡Toma, toma, toma!

PEDRO. (Dando saltos.) ¡Ay, ay, ay! (Se refugia entre Cándido y Silvestre.)

LOEN. (Respirando.) ¡Ah! ¡esto me consuela... me hace mucho bien!...

ROSA. Le hace á usted mucho bien... pero á él le hace mucho mal...

PED. (Á Cándido y Silvestre) ¡Soy yo!... ¡Don Pedro!

CAND. ¡Don Pedro Trápala!

SILV. ¡El amigo de mi mamá!

CAND. (Vamos, este era el medio ingenioso de que me hablaba antes.)

SILV. (Á D. Pedro, admirado) ¡Calla... usted ha perdido á algun pariente, y por eso se ha puesto de luto... (Queriendo abrazarle.)

PED. (Rechazándole.) ¡Bárbaro! no me toques... que no estoy seco todavia.

LEON. (Á D. Pedro.) Estoy muy contento con haberte encontrado... Ya veo que me ha servido bien el comerciante á quien dí el encargo.

PED. (Imitando el ceceo de los negros.) Zeñó... mucha gracia... zeñó...

ROSA. ¡Es un negro muy lustroso!...

LEON. Acércate... mas todavia.

PED. (Pasando a su lado.) ¿Qué me quiere?...

LEON. Me convienes: me quedo contigo.

CAND. (Este hombre vá á tomar toda la familia á su servicio.)

LEON. (Á D. Pedro.) Pero te prevengo, que en cuanto me den algun disgusto estos dos blancos... ó esta señora... como yo necesito desahogarme pegando... caeré sobre tí á latigazos. (Chasquea el látigo.)

ROSA. Pero se guardará usted de hacerlo delante de mí... Yo no puedo ver castigar á los animales.

LEON. (Á Cándido.) Tomás, vas á regar el jardin.

CAND. ¿Á regar? ¿pero no conoce usted que ese trabajo?...

LEON. ¡Te atreves á replicar, canalla! (Dá un par de latigazos á D. Pedro.)

PED. ¡Oh, lá, lá! (D. Cándido toma dos regaderas de junto al pozo.)

ROSA. Pero, ¿qué culpa tiene este pobre hombre?...

LEON. Para qué me ha contestado el otro. (Á Silvestre.) Prepara la comida y cuidado con los claveles...

SILV. Diré á usted: en Castilla echan tocino...

LEON. ¡Á mí con reflexiones! (Dá otro par de latigazos á D. Pedro.)

PED. ¡Ay!... ¡Uf! (¡Qué bárbaro! ¡Esto es ya demasiado pesado!) (Silvestre toma una ristra de ajos por la ventana de la cocina, y se pone á mondarla.)

ROSA. (A D. Leon.) ¡Eso es una salvajada!

LEON. Señora, cuidado con lo que usted dice, porque le desuello vivo. (Á D. Pedro.) Á sacar agua del pozo, ¡vivo!

ROSA. Tambien yo voy á regar...

PED. (Tú me las pagarás.) Voy, zeñó...

LEON. Á la obra. (Empieza á chasquear el látigo.) Yo haré que todo marche en regla. ¡Vamos! remángate... (D. Pedro se dispone á ir al pozo, pero por un olvido se remanga y deja ver los brazos blancos y las manos negras.) ¡Voto á mil pesos! ¡Brazos blancos!

ROSA.
CAND.
SILV. } ¡Ah!

LEON. (Furioso.) ¡Un negro blanco!

ROSA. Es que se destiñe.

SILV. ¡Es mestizo!

CAND. Plinio habla de un negro que tenia la nariz amarilla.

SILV. Si... *nasus amarillorum.*

LEON. ¡Silencio todos! ¿Pero este hombre quién es?... ¡Ah! qué idea... (Coge el sombrero de la puerta del pabellon y se le pone.) ¡Le viene! ¡Él es!

TODOS. ¡Le viene!

LEON. ¡Ah! ¡ladron!... ya caiste en mis garras.

CAND. No le toque usted... Desde el momento en que ha dejado de ser negro la ley le protege...

SILV. (Quitándose el sello y poniéndosele á D. Pedro en la cara.) Ya está bajo el amparo de la administracion de correos.

LEON. ¡Es verdad! es blanco; pero no saldrá vivo de esta casa... Voy á cerrar todas las puertas.

TODOS. (Espantados.) ¡Cómo!

SILV. Señor, yo necesito berros para la ensalada.

LEON. No se trata de un asesinato. Elige armas, miserable.

ROSA. ¡Un duelo! ¿Aqui?

LEON. ¿Á muerte?

CAND. El duelo... es la lucha entre dos personas.

PED. (Pasando á su lado.) Pues bien, yo le acepto. Vaya usted á buscar sables, floretes y pistolas. Quiero beber su sangre de usted... dividirle en pedazos.

SILV. Yo le guisaré.

ROSA. ¡Bravo!

LEON. Espere usted, voy por las armas. (Entra en el pabellon.)

CAND. ¿Pero qué vá usted á hacer?...

PED. Dejarle encerrado mientras voy á avisar á... (Cierra las puertas del pabellon.) Al momento vuelvo...

ROSA. Pero entretanto ¿si nos obliga á abrirle...

PED. Me llevo la llave.

ESCENA XIV.

ROSA, D. CÁNDIDO, SILVESTRE, DOÑA SINFOROSA, que entra por el fondo.

ROSA. (Bailando.) Tenemos enjaulada á la fiera... Entreguémonos al baile y la algazara... (Á Silvestre.) Toque usted su figle.

SILV. Señora, yo no toco el figle... ni sirvo de diversion. Yo soy un gañan... un tonto á quien no han dado educacion... tardo mucho en comprender las cosas; pero cuando las comprendo... Ya sé que usted no me quiere...

ROSA. ¿Pero qué cambio es este? ¿Qué significan estas palabras?...

SILV. Ya lo sabrá usted á su tiempo...

LEON. (Forcejeando.) ¡Tomás! ¡Alcachofa!...

ROSA. Pero, Silvestre, ¿es usted el mismo?...

SILV. El mismo soy... ¿Tanto le sorprende á usted el que no hable como un bobo?... Si usted tuviera aficion á la caza sabria que el pájaro que escapa de la red no vuelve á caer en ella.

ROSA. ¡Já! ¡já! Si hasta habla usted con sentido...

LEON. (Furioso.) Abrid.

CAND. ¿Que vá á ser de nosotros si sale la fiera? ¿Quién se atreve á abrirle?

PED. (Entrando con la cara lavada.) ¡Yo!

ESCENA XV.

DICHOS, LA BARONESA, FILOMENA, luego LUISA.

PED. Yo, señores, que le he encerrado voy á darle libertad. (Se dirige al pabellon y abre á D. Leon.)

BAR. ¡Hijo mio! ¡Tanto tiempo sin verte!

SILV. Como que ni yo he ido allá ni usted ha venido acá.

ROSA. ¡Su madre!

FIL. ¡Jesus! en qué disfraz le encuentro!

LEON. (Agarrando á D. Pedro.) Explíqueme usted inmediatamente... Su cabeza de usted me responde de tantas infa-

mias.

PED. En primer lugar, empiece usted por soltarme.

LEON. ¡Una explicacion!...

PED. La explicacion de los sucesos que á mí me tocan es muy sencilla. Yo vengo á reclamar al hijo de esta señora, á quien usted se ha traido disfrazado de cocinero. Este caballero está para casarse con mi hija... Es un asunto concluido.

ROSA. Qué dice usted? Este jóven me ha dado á mí palabra de matrimonio... me ama.

LEON. ¡Traidora! Y yo que pensaba dotar á usted en un buque cargado de pasas y ciruelas. Aqui está la escritura...

PED. (Á Rosa.) ¿Pero usted quién es?

LUISA. (Saliendo.) Una pupila sin dote.

ROSA. ¡Ah infame! ahora comprendo...

LEON. ¿De quién es entonces la cabeza de este sombrero?

CAND. Ovidio Nason dice...

FILOM.. ¡Ah, cuántas Lucrecias!

PED. ¡Silencio! (A Silvestre.) Usted es el único que puede poner término á este enredo. Declare usted lo que es verdad; que está usted comprometido para casarse con mi hija... ¡pronto!

SILV. Poco á poco. Usted quiere que decida la cuestion; voy á decidirla; voy á dar á cada uno lo que le corresponde. Yo era en mi pueblo cuando usted me conoció un salvaje... Usted se empeñó en que tomase en la córte una mano de civilizacion... hoy soy casi tan bruto como ayer; pero tengo algo mas de malicia.

PED. ¿Qué dice usted? Ese lenguaje...

SILV. Prueba que ha conseguido usted su objeto, que he aprendido algo. Declaro, pues, que no me caso con su hija de usted, porque no quiero pagarle á usted sus trampas...

PED. Caballero... ese es un insulto.

ROSA. ¡Bravo! Silvestre, ya sabes...

SILV. Si, ya sé que usted solo tiene aficion al dinero del pobre lugareño.

ROSA. ¡Salvaje!

LUISA. (Á Silvestre.) ¡Ah! sigue mis consejos...

SILV. Si, en todo, menos en lo de darle á usted mi mano. Como usted tiene ahorros, puede pagar á sus acreedores.

LUISA. ¡Infame!

BAR. Pero, hijo mio, ¿qué es esto?

SILV. Nada, madre; que nos volvemos al pueblo: allí hay muchos brutos, poca civilizacion... pero mas lealtad y franqueza.

LEON. Nada de esto me satisface. Caballero, una explicacion...

SILV. Voy á dársela á usted. Todos estos señores han visto en mí un mirlo blanco en rifa: han echado su papeleta; pero al celebrarse el sorteo el mirlo se ha vuelto negro y no le ha tocado á ninguno.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 23 de Diciembre de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

quera de la Finojosa.	Olimpia.	Una conjuracion femenina.
r del valle.	Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.	Un hombre como hay pocos.
bres de Madrid.	Paco y Manuela.	Un pelillo en calzas prietas.
tinaje y pasion.	Pescar á rio revuelto.	Un huesped del otro mundo.
tad en la cadena.	Por ella y por él.	Una venganza leal.
nta exótica.	Por una hija!...	Una coincidencia alfabética.
loma y los balcones.	Propósito de enmienda.	Una noche en blanco.
ujeres.	Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.	Un par de guantes.
titud y el amor.	Por la puerta del jardin.	Una rafaga.
ó en martes!!	Poderoso caballero es D. Dinero.	Uno de tantos.
titud de un bandido, ter-	Pelayo.	Una noche en Trifueque.
parte de Diego Corrientes.		Un marido en suerte.
talla de Covadonga.		Una leccion reservada.
trella de la esperanza.		Una herencia completa.
zos de la familia.	Quien mucho abarca.	Un hombre fino.
riposa.	¡Qué suerte la mia!	Una poetisa y su marido.
uid pro quos.	Quién vive!!	Un dia de prueba.
enta del zapatero.	¿Quién es el autor?	Una renta vitalicia.
la semilla.	Quien mal anda mal acaba.	Una llave y un sombrero.
ella del pecado	¿Quién es el padre?	Una mentira inocente.
enta del zapatero.		Una mujer misteriosa.
aridos.	Rival y amigo.	Una leccion de corte.
ocresia del vicio.	¡Rico... de amor!	Una falta.
a del gallo.		Un paje y un caballero.
tera de Murillo.	Su imágen.	Una broma de Quevedo.
l de leon.	Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.	Un si y un no.
mpana de la Almudaina.	San Isidro (*Patron de Madrid.*)	Una Virgen de Murillo.
pida mortuoria.	Sueños de amor y ambicion.	Una aventura de Tirso.
lsa y el bolsillo.	Sin prueba plena.	Una lágrima y un beso.
oros del Riff.	Se salvó el honor.	Una leccion de mundo.
fieles.	¡Solo en el mundo!!	Una mujer de historia.
má.	Santo y peana.	Un señor de horca y cuchillo.
e ojo.	¡Santiago y á ellos!	Una equivocacion.
na Labarlú.		Un retrato á quema ropa.
ruido y pocas nueces.	Tales padres, tales hijos	Un cuerdo loco y un loco cuerdo
n Zurbano.	Traidor, inconfeso y mártir.	Ver y no ver.
lades.	Trabajar por cuenta ajena.	Verdades amargas
y Maria.	Todos unos.	
ras dulces.	Tres damas para un galan.	
y mi sobrina.		
y Blanco.		
no se entiende, ó un hom-		
imido.		
za contra nobleza.		
oro todo lo que reluce.		
método de buscar marido.	Un amor á la moda.	Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro.	El novio pasado por agua, (*Música.*)	La Jardinera.
s de buena ley.	El diablo en el poder.	La hija de la Providencia.
(*Música.*)	El esclavo.	La Roca negra.
Vizconti.	El relámpago.	Los jardines del Buen Retiro.
l mas feo.	El Vizconde de Letorieres.	Loco de amor y en la córte.
s noches, vecino.	El capitan español.	Los diamantes de la Corona.
n el aventurero.	El último mono.	La pensionista.
yina la Gitana.	El leon en la ratonera.	La guerra de los sombreros.
o y Marte.	El Zuavo.	La venta encantada.
de D. Juan.	El diablo las carga.	La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
lo ahorcaron á Quevedo.	Farinelli.	Mateo y Matea.
para ver.	Guerra á muerte.	Mentir á tiempo. (*Música.*)
y Flora.	Giralda.	Marina.
Crisanto, ó el Alcalde pro-	Juan Lanas.	Moreto. (*Música.*)
or.	La litera del Oidor.	Nadie toque á la Reina.
senando.	La noche de ánimas.	Pedro y Catalina.
ctrino.	La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.	Por conquista.
sayo de una ópera.	Las bodas de Juanita. (*Música.*)	¡Quien manda, manda!
umete.	Los dos Flamantes.	Simon y Judas.
lesero y la maja.	La vergonzosa en palacio	Tres madres para una hija.
zconde.	La Dama del Rey.	Tres para una
rro del hortelano.	La Colegiala.	Un sobrino.
uestro de un difunto.	La espada de Bernardo.	Un dia de reinado.
ncero.	La caceria real.	Un pleito.
irio (drama lírico).	Los conspiradores.	Un cocinero.
minó azul.	La modista.	Una guerra de familia.
los de carnaval.	La huerfana.	Un Zapatero.
stillon de la Rioja (*Música*).		Un primo.
ndo á escape.		

ireccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

OS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent,
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.